

CRISTIANDAD

Año XIX - Núm. 376

BARCELONA

JUNIO 1962

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958

LO SOCIAL Y LO SOBRENATURAL

Se ha dicho que, *si el liberalismo religioso fue la herejía del siglo XIX, el progresismo, entendido como una preocupación desorbitada de lo social, desconectada de lo religioso y sobrenatural que le podría dar vida y savia, es la herejía del siglo XX* (1).

Cierto que los errores, aun los más crasos, encierran una parte de verdad; son, las más de las veces, verdades fragmentarias desorbitadas, que desconocen, o niegan, otros aspectos esenciales de la verdad total. Pero, si nuestra limitación puede ser una explicación genérica de ello, la causa específica de cada error en concreto — mayormente si éste tiene un alcance colectivo — hay que buscarla en otros motivos psicológicos o externos. Y una atenta observación demuestra que muchas desviaciones de la verdad no son más que una reacción correctiva, pero parcial, de otras desviaciones anteriores.

Lo fundamental del catolicismo — se ha dicho también (2) — *radica en el ser íntimo y personal del hombre, es función de salvación individual.* Mas esta gran verdad, tomada aisladamente, ¿no pudo, tal vez, desorientar a algunos católicos que se dejaron influir por el liberalismo decimonónico? De ahí deducían que la religión es sólo un problema individual, de conciencia o fuero interno, sin trascendencia social; y concluían: es preciso separar lo social de lo religioso, la vida pública de la privada.

Como reacción a esta tendencia egocéntrica y disgregadora, ha resurgido el sentido comunitario del cristianismo, redescubriendo la doctrina, evangélica y paulina, del cuerpo místico de Cristo, magistralmente expuesta por Pío XII en la "Mystici Corporis".

Nuestra incorporación en Cristo, nuestra salvación en último término, si es individual por lo que mira a cada uno de los miembros, es en verdad eminentemente social por lo que se refiere al Cuerpo, constituido, sí, por miembros personales, pero unidos a su Cabeza, Cristo, con vínculos, no sólo jurídicos, sino místicos, de entidad verdaderamente divina. Y estos vínculos misteriosos, de orden sobrenatural, que constituyen una comunidad de vida divina participada, ¿no han de traducirse, en el orden natural, en unos estrechos "deberes sociales"?

Gracias a esta corriente sobrenatural comunitaria, cuyo resurgimiento podría remontarse a Paray-le-Monial, la etapa del "moralismo individualista" ha ido superándose. Triunfó, primero, del seco ascetismo jansenista y ha contribuido, con otros factores, a formar una conciencia social que ha recibido de la Cátedra de Pedro la guía más certera, los mejores impulsos: desde León XIII, que escribió en más de

(1) Discurso del Ministro Sr. Ullastres en la inauguración de la XXX Feria Oficial e Internacional de Muestras, de Barcelona.

(2) *Ibíd.*

veinte encíclicas la teología social de la Iglesia, hasta Juan XXIII con su "Mater et Magistra".

Mas cabe preguntar: nuestro siglo, con su fuerte y — ¿por qué no decirlo? — sanísima reacción cristiano social, ¿tropezará por segunda vez en el mismo escollo?

Una nueva dicotomía, si más sutil no menos peligrosa, parece insinuarse. Antes, el divorcio de lo social y lo religioso, ahora la desconexión de lo natural y lo sobrenatural del cristianismo.

¿Apuntaba a ello Pío XII cuando, en uno de sus famosos mensajes de Navidad (3), se refería a "los que se forjan un cristianismo a su talante — llámese civilización occidental o como se quiera —, un nuevo ídolo que no salva, una religión sin alma, o un alma sin religión, un disfraz de cristianismo muerto, sin el Espíritu de Cristo?"

"Sin mí nada podéis hacer" (Juan, XV, 5). Sin nuestra unión con Cristo en el Cuerpo de la Iglesia, por obra del Espíritu, nada podemos en orden a nuestra salvación individual, ni en orden a una verdadera acción social cristiana.

"Dios es caridad y quien permanece en la caridad permanece en Dios y Dios en él" (I Juan, IV, 16). Así se explica aquel texto de San Pablo a los Corintios: "Aun cuando hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles... aun cuando tuviere el don de profecía, penetrase todos los misterios, poseyere todas las ciencias, tuviese toda la fe... y distribuyere todos mis bienes... y entregase mi cuerpo a las llamas, si me falta la caridad, de nada me serviría".

Ciertamente no hay que confundir la caridad con las obras externas; pero tampoco hay que olvidar que ese don sobrenatural es vano y estéril si no se manifiesta y actúa en las obras: "si observáis mis preceptos, permaneceréis en mi Amor, como Yo he observado los preceptos de mi Padre y permanezco en su Amor" (Juan, XV, 9-10). Preceptos que se compendian en dos, eminentemente religioso el primero, pero "imposible" sin el segundo, que trasciende y se proyecta a lo social: "Porque quien no ama a su hermano, a quien tiene ante los ojos, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve?" (I. Juan, IV, 20-21).

Esta conexión entre lo religioso y lo social, la caridad y las obras, lo sobrenatural y lo natural, es, en definitiva, el secreto, la clave del Reino de Cristo, que comprende — claro está — su reino público y social, expresión, si se quiere, "de la preocupación social de la Iglesia".

Una caridad individualista es tan inconcebible como una acción social que no sea movida por el Eterno Amor.

Para manifestar y resaltar esto, en nuestros tiempos, la realeza de Cristo va ligada providencialmente con su Corazón, porque únicamente en la Caridad divina puede armonizarse lo sobrenatural y lo social, evitando los escollos de una religión individualista o de un "volcarse en el mundo social dejando a un segundo plano lo auténticamente religioso y sobrenatural".

(3) Mensaje Navideño de 1941.

S U M A R I O

Editorial: Lo social y lo sobrenatural

Exhortación pastoral del Sr. Arzobispo-Obispo de Barcelona

El Corazón de Jesús, V. Enrique Tarancón, Obispo de Solsona

Culto y devoción, por Roberto Cayuela, S.I.

Exigencias éticas de la empresa, por Narciso Jubany, Obispo auxiliar de Barcelona

El porvenir religioso de Hispanoamérica, por Jesús Sainz Mazpule

Vladimir-Santa María de Rusia, por Victoriano Ribas Andrés, S.I.

Santa Teresa del Niño Jesús y el sentido de la historia, por Pierre Blanchard

Aspectos de la lírica Moderna, por Francisco Salva Miquel

Exhortación Pastoral del Sr. Arzobispo-Obispo

El mes de junio nos trae, todos los años, el piadoso clima de exaltación y homenaje al Sagrado Corazón de Jesús.

Esta providencial devoción al Corazón Divino, tan recomendada y enriquecida por la Iglesia y tan arraigada en el alma de nuestro pueblo, se recalienta e inflama más y más con la popular práctica del mes del Sagrado Corazón, tan extendida y tradicionalmente observada todos los años en nuestras iglesias y hogares cristianos. Siempre ha resultado de gran provecho espiritual para nuestros fieles la práctica del mes del Sagrado Corazón, no sólo como poderoso estimulante de la piedad más genuina, sino también por su fuerza didáctica en orden a la instrucción de nuestro pueblo sobre los misterios del Amor Divino. Los manuales de piedad más usados por nuestros fieles en la práctica de esta devoción, particularmente el del tan llorado obispo de Vic, Dr. Torras y Bages, son verdaderos y maravillosos tratados de teología popular que nuestro pueblo asimila con la mayor facilidad y con verdadero deleite espiritual.

El profundo fundamento teológico de este culto y devoción, su legítimo contenido filosófico y humano, y su origen histórico nimbado de claridades y mensajes celestiales, nos los destacan con reiterada insistencia especialmente los Papas de nuestros últimos tiempos.

Con el precioso material documental emanado de la Jerarquía eclesiástica, sólo con lo que va de siglo, sobre la devoción al Corazón de Jesús, podría formarse un archivo inmenso y precioso. Entre lo más destacable, basta subrayar, en primer lugar, las dos vibrantes encíclicas de Pío XI, "Misericordissimus Redemptor" (28-V-1928) y "Charitate Christi compulsi" (3-V-1932), mediante las cuales hizo resonar con eco mundial las revelaciones que trescientos años antes fueron concedidas a Santa Margarita M.^a de Alacocque, y en las que el Divino Corazón se manifiesta como signo de salvación para el mundo moderno. En segundo lugar, y como magnífica corona con que la autoridad y el magisterio de la Iglesia exalta y abrillanta su obra divulgadora de la devoción al Corazón de Cristo, el inmortal Pío XII nos legó una exposición teológica profunda y completa en la "Haurietis aquas" sobre el misterio del Divino Corazón, despejando los nubarrones que, en el cielo limpio y sereno de esta devoción, ha querido introducir, a través de los tiempos, un borrascoso y falaz criticismo.

Ante tamaño impulso doctrinal y exhortativo dado por la Iglesia la devoción al Sagrado Corazón ha saturado el ambiente de nuestra piedad popular y ha logrado encender y avivar en millones de corazones la llama del más puro Amor divino.

Foméntese, pues, especialmente mediante la práctica del llamado Mes de Junio y la de los Primeros Viernes de Mes, esta providencial devoción. Cuiden particularmente nuestros venerables párrocos y demás sacerdotes, con miras a su máximo florecimiento, los Centros del *Apostolado de la Oración* establecidos en la casi totalidad de nuestras parroquias. Sea, en una palabra, el amor al Divino Corazón lema, consigna y distintivo de la espiritualidad de nuestros sacerdotes y fieles y de toda la actuación apostólica de nuestra diócesis.

Barcelona, mayo de 1962.

EL CORAZON DE JESUS (*)

Oración y apostolado

Es corriente en la Iglesia la división de la vida cristiana en contemplativa y activa. La primera se caracteriza por la oración: el contacto directo con Dios; la segunda por la acción apostólica: el contacto directo con los hombres para llevarlos a Dios.

Todos sabemos, sin embargo, que esa división no establece ni significa una separación radical y completa entre la oración y el apostolado que sería absurda. Indica tan sólo, la primacía, o mejor preponderancia, que adquiere en cada una de ellas uno de los dos elementos que integran la vida cristiana.

No puede concebirse el cristiano sin oración. "Conviene orar siempre", afirmó el mismo Jesucristo (Mt. 18, 1). Todo cristiano ha de ser contemplativo. Pero tampoco puede concebirse la perfección sin ansias apostólicas. Porque el que se une a Cristo ha de querer que llegue a todos el fruto de su redención. El que se siente miembro del cuerpo místico desea su desarrollo y perfeccionamiento.

Estos dos elementos esenciales admiten combinaciones distintas. Por eso existen distintas posturas en la Iglesia, y se distingue entre vida contemplativa y activa según el elemento que prevalezca.

En la práctica, sin embargo, se olvida algunas veces esa verdad fundamental. Muchos cristianos sienten recelo contra la vida puramente contemplativa — la de las religiosas de clausura — porque la consideran un poco egoísta. Creen que esas almas atienden exclusivamente a su propia perfección y se olvidan de las necesidades de la Iglesia y de las preocupaciones de los hombres. Incluso los mismos contemplativos pueden fomentar una mentalidad cerrada que limite su horizonte a los muros del convento.

El apostolado es concebido, no pocas veces, como mera acción, como un conjunto de actividades que apenas si dejan resquicio para la tranquilidad de la contemplación. Y no pocos apóstoles se excusan en su trabajo agotador para descuidar el plan de vida en el que teóricamente han dejado un lugar para la oración.

La vida agitada de nuestros días es propicia para que se fomenten esas desviaciones. Los que sientan especial gusto por el trato con Dios no querrán meterse en el torbellino de la actividad por miedo a que ésta les arras-

tre. Con lo cual olvidan un deber fundamental. Los que tengan conciencia de las necesidades actuales y de las exigencias del hombre de hoy, corren el riesgo de considerar tiempo perdido el que se dedique al sosiego de la comunicación con Dios.

El Apostolado de la Oración ha tenido el acierto indiscutible de unir en su mismo título esos dos elementos esenciales. Dice clarísimamente que la oración es un apostolado y debe serlo en la conciencia de todos sus miembros. Y recuerda a todos los de vida activa que el recurso a la oración será siempre el alma de todo apostolado que merezca el nombre de tal.

El Apostolado de la Oración, con su ofrecimiento diario, impulsa a las almas a consagrarse al Sagrado Corazón, como decía Pío XII. Pero es una consagración reparadora y, por lo tanto, apostólica. El hecho de que cada mes se concrete una intención determinada por la que se han de ofrecer las oraciones y sacrificios, intención que ha sido señalada por el que en nombre de Cristo ha de indicar a los cristianos el objetivo de su apostolado, le da a esa reparación un marcado carácter actualísimo de apostolado eclesial. Porque son las principales necesidades de la Iglesia — a juicio del Papa — las que van desfilando en esas intenciones. Se fomenta el espíritu universal propio de la Iglesia y la solidaridad con todos los miembros de la misma. Y los problemas generales adquieren así una primacía sobre los personales y locales, que es lo propio del espíritu verdaderamente eclesial.

Para las almas activas ese ofrecimiento tiene una particular importancia. Porque les obliga a actualizar cada día esa verdad básica: la oración ha de ser la base del apostolado. Las almas se ganan de rodillas, se ha dicho con verdad. El apostolado es el descubrimiento de la vida interior, ha dicho hermosamente san Bernardo. Y cualquier apostolado ha de adquirir su fuerza por el apostolado de la oración.

Esa verdad que nos recuerda hasta con su propio título el Apostolado de la Oración ha de producir necesariamente un bien incalculable en todos los cristianos que sean fieles a las prácticas de esta asociación. Puede abrir horizontes insospechados a las almas buenas que no tienen cualidades ni quizá tiempo para dedicarse a actividades externas. Porque les hará comprender que su vida no es baldía para la Iglesia. Ellas están haciendo un apostolado magnífico con su oración y con su sacrificio. Y para las almas activas puede ser un freno para no dejarse arrastrar por un activismo desenfrenado que haría casi inútiles sus esfuerzos y que sería un gran peligro para su vida espiritual.

El Papa quiere que todos los cristianos formen parte

(*) Por su autorizada doctrina y su adecuación a este número, publicamos unos textos de la obra «EL CORAZÓN DE JESÚS Orientaciones Pastorales» de Mons. V. Enrique Tarancón, Obispo de Solsona, Ed. *Sigueme*, Salamanca, 1962.

de esta asociación. Al menos es muy interesante que todos vivan su espíritu. Las almas contemplativas, para proyectar su vida con una dimensión eclesial. Las almas activas, para no perder nunca el apoyo que ha de dar firmeza y solidez a su apostolado.

El Cuerpo Místico y la Comunión de los Santos

En la Iglesia de Cristo hay una interdependencia real entre todos sus miembros. Los tres estados que la integran — iglesia triunfante, iglesia purgante e iglesia militante — constituyen una sola Iglesia, un cuerpo vivo regado por la misma sangre, y con una influencia mutua de unos en otros. Cuando decimos en el credo: “Creo en la comunión de los santos”, estamos expresando esta verdad que es una consecuencia del dogma de nuestra incorporación a Cristo y de nuestra unión con todos los cristianos en la realidad misteriosa del llamado cuerpo místico.

Hoy vamos redescubriendo estas verdades, que siempre han sido fundamentales en el dogma cristiano, pero que estaban un poco desdibujadas en la conciencia de muchos. Y todos estamos convencidos de la influencia saludable que puede producir en todos ese redescubrimiento y de la necesidad de hacerlas vivir intensamente para dar toda su dimensión eclesial al catolicismo de los fieles.

El Apostolado de la Oración no es más que la concreción de esa verdad del cuerpo místico y de esa interdependencia de todos los miembros que llamamos comunión de los santos. Posee, pues, una eficacia suma para renovar y revitalizar la vida cristiana de los fieles.

Porque el ofrecimiento diario se funda en esta verdad y es la expresión de la misma. Son necesidades generales de la Iglesia — que a veces no nos atañen a nosotros directamente — las que reclaman nuestra oración y nuestros sacrificios. Y nosotros estamos convencidos de que ayudamos a la Iglesia con nuestra oración. Y que aquellas necesidades son remediadas por nuestro sacrificio.

Además, las intenciones señaladas urgen nuestra entrega y nuestra oración. Es el Papa el que nos las propone, como las más actuales, las más interesantes, las más urgentes. Son los deseos de Cristo porque son los deseos de su Vicario en la tierra. Y sin que nosotros tengamos la necesidad de estudiar los problemas que afligen a la humanidad, sabemos que estamos pidiendo a Dios lo que Él desea y estamos trabajando por lo que Él quiere que se realice.

Y el hecho de que los cristianos de todo el mundo coincidamos en la misma petición y trabajemos por conseguir el mismo objetivo, con una unidad perfecta — hasta en la fórmula externa con que manifestamos nuestro ofrecimiento — da a nuestra oración un valor y una fuerza verdaderamente extraordinaria. Porque tenemos la seguridad de que Cristo está en medio de nos-

otros ya que estamos reunidos en su nombre. Tenemos la seguridad de que nuestra petición le es grata porque pedimos lo que nos señala su Vicario. Y es el clamor unánime de todos los hijos de Dios el que se eleva por aquel fin concreto que es la intención mensual.

La doble unidad propia de los cristianos — la unidad interna por la vida divina participada y la externa por la unión con la cabeza visible de la Iglesia — se consigue plenamente. Porque la interna se manifiesta, a la vez que se refuerza, por la oración, por el ofrecimiento total, por la comunión frecuente que fomenta, etc. Y la exterior adquiere toda su consistencia al fundarse en la piedra sobre la que Cristo edificó su Iglesia. Se cumple maravillosamente el gran deseo de Cristo y se asegura la eficacia que Él mismo asignó a esa unidad de sus discípulos.

Es evidente, por lo tanto, que el Apostolado de la Oración tiene suma actualidad, cuando se va despertando el sentido eclesial de los seglares, y cuando todos comprenden la urgencia de la perfecta unidad entre los cristianos.

Claro está que es necesario para ello revitalizar esta asociación que quizá se ha anquilosado en algunas partes, dándole todo su contenido y siendo fieles a su espíritu. Tengo el convencimiento de que un Apostolado de la Oración vivo y floreciente daría nuevo empuje a las asociaciones de apostolado y daría hondura y autenticidad al catolicismo de muchos.

Somos nosotros, los pastores, los que hemos de conseguir esta revitalización formándonos un concepto exacto de la naturaleza y características del mismo y haciendo vivir su espíritu a los fieles.

Conclusión

“Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío.” Esta jaculatoria que, como manifestación de la confianza en el Señor, se ha venido repitiendo con tanta frecuencia durante los últimos años, nos descubre, a mi juicio, las trazas maravillosas de la providencia divina al suscitar y propagar en su Iglesia el culto al Sagrado Corazón.

Porque la devoción al amor de Cristo es tradicional en la Iglesia. Y “el Corazón traspasado del Salvador siempre ha arrastrado a los hombres a dar culto a ese infinito amor con que abraza a todo el género humano” (*Haurietis Aquas*). En este aspecto no se ha introducido ninguna novedad.

“Sin embargo, hay que reconocer que sólo gradualmente llegó el Corazón a ser objeto de culto especial como imagen del amor humano y divino del Verbo encarnado” (*Haurietis Aquas*). Y es en 1765 cuando se da el primer decreto concediendo que se pudiese celebrar en algunas partes la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón, y en 1856 cuando se extiende ya definitivamente a toda la Iglesia.

La intervención de la providencia en la iniciación y desarrollo de este culto especial es clarísima, como reco-

nocen los papas. Y a juzgar por las circunstancias de aquellos tiempos es evidente también — Pío XI lo afirma abiertamente (*Miserentissimus Redemptor*) — que el Señor quería fomentar la confianza plena de los hombres en su amor, al presentar a la veneración de los fieles su Corazón traspasado.

El culto al sagrado Corazón es la devoción del amor. Por eso ha de ser necesariamente la devoción de la confianza. Y la historia nos demuestra, como reconoce Pío XII (*Haurietis Aquas*) los frutos admirables de conversiones y santificación que este clima de confianza ha producido.

Creo sinceramente que es éste un aspecto interesantísimo que hemos de tener muy en cuenta en las presentes circunstancias del mundo y que nos demuestra que este culto tiene suma actualidad. Porque el clima de angustia que es característico de nuestra época necesita el contrapeso de la confianza. Y este contrapeso no podrá encontrarse en el progreso material y técnico que fomenta el orgullo del hombre pero le deja indefenso ante los problemas trascendentales aumentando su angustia. Tan solo la confianza que despierta el amor humano-divino de Cristo que se manifiesta en su Corazón puede ser el gran remedio para esa desesperanza que produ-

ce la infelicidad en medio de las mayores conquistas de la ciencia.

Es ésta la hora de la devoción del amor. Hoy aparece el Corazón de Jesús como el lábaro de salvación, tal como afirmara León XIII. Y todos tenemos el deber sacratísimo de revalorizar ese medio que la providencia divina ha querido proporcionarnos para que podamos devolver la tranquilidad y la paz al corazón angustiado de nuestros hermanos.

Dios quiera que sepamos superar la crisis que existe actualmente dando nuevo vigor a este culto y devolviéndole todo su contenido ascético a esas prácticas de devoción que pueden impulsar la esperanza cristiana.

No olvidemos que el recurso a la Virgen es un medio poderosísimo para aprovecharnos debidamente de esta devoción ya que “para que toda la familia cristiana y el mundo entero saquen más copiosos frutos del culto al Corazón augustísimo de Jesús, han de procurar los fieles unirlo íntimamente con la devoción al inmaculado Corazón de la Madre de Dios” (*Haurietis Aquas*). Ella nos ayude y aliente a nosotros, los sacerdotes, para conseguir que el “Corazón abierto de Cristo sea descanso para las almas santas y refugio de salvación para los pecadores”.

Vicente ENRIQUE TARANCÓN

Obispo de Solsona
Secretario del Episcopado Español

CULTO Y DEVOCION

El Congreso de Barcelona, como decíamos en un artículo acerca de él (núm. de noviembre de 1961 de *CRISTIANIDAD*, pág. 226), fue, en su conjunto, de esplendísimas luces.

Era preciso que, acabado el Congreso, fuesen irradiadas por doquier aquellas luces, conforme al consejo del Divino Maestro: “Nadie que encienda una lámpara, la pone en sitio oculto, o debajo de la medida, sino sobre el candelero, para que los que entran, vean la luz” (Lc., 11, 33).

Así lo entendió, desde el primer momento, con gran celo pastoral, el Arzobispo de Valencia, Dr. Olaechea y Loizaga, pues dispuso que, una vez terminado el Congreso, se comenzase a hacer una como irradiación del mismo en su Diócesis; y ya en estos primeros meses se ha venido haciendo esa irradiación ante sacerdotes, religiosas y seglares. No se cejará en ese santo empeño, conforme al decidido designio del Prelado.

Ante diferentes auditorios ha tenido el honor, quien escribe estas líneas, de irradiar una de las más fúlgidas luces del Congreso de Barcelona; y esta irradiación se va a trasladar al presente artículo.

Gran mérito del Congreso, de importancia y de aplicación sumamente práctica, es haber distinguido claramente y haber precisado con exactitud qué es *culto*, y qué es *devoción* al Sagrado Corazón de Jesús.

No pocos de cuantos antes del Congreso hablábamos y escribíamos acerca del Sagrado Corazón, hemos de confesar que no veíamos con claridad la diferencia exacta entre Culto y Devoción; y así, al explicar estas cosas, notábamos algunas neblinas en nuestra mente, que se difundían en la exposición. Mas ahora, después del Congreso, cualquier oscuridad se ha disipado; ahora queda plenamente claro lo que es lo uno y lo otro; es decir, que Culto y Devoción al Sagrado Corazón de Jesús son dos cosas distintas, pero íntimamente unidas, como lo vamos a ver.

I. CULTO AL CORAZON DE JESUS

Vayan por delante, como pajes de hacha, unas previas nociones.

1.º Culto, en general, es un honor que se da a una persona, y también a una cosa que representa a la persona, en testimonio de su excelencia; y en prueba de la reverencia y sumisión que se le tiene.

2.º Culto de Dios, o Culto divino, es el honor que damos a Dios, en testimonio de que reconocemos su infinita excelencia y grandeza; y en prueba de la suprema reverencia y de la total sumisión que le debemos tener y le tenemos, por lo que El es en Sí mismo: Ser infinito en toda perfección, principio y fin de todos los seres; y por lo que El es para nosotros: Creador, Señor y Padre; Bienhechor liberalísimo y amorosísimo, Dador de todo bien.

Nuestro Culto a Dios, ya que constamos de alma y cuerpo, ha de ser interno y externo; y ya que Dios nos ha hecho para que vivamos en sociedad, ha de ser también Culto social y público. Y pues los cristianos pertenecemos a la Sociedad religiosa-sobrenatural, fundada por Cristo, que es su Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo, ha de haber y hemos de dar a Dios un Culto público sobrenatural, dirigido por la autoridad de la Iglesia: tal es el Culto litúrgico.

El Culto interno a Dios es el primero y principal, pues de este Culto interno ha de proceder todo y tener espíritu y vitalidad lo demás en el Culto divino; y lo constituyen, como enseña el Doctor Angélico, nuestros actos de entendimiento y de voluntad, iluminados y dirigidos por la fe, sostenidos y fortalecidos por la esperanza, e informados, vivificados y movidos por la caridad. Con estos actos damos internamente a Dios el supremo honor de nuestra adoración, que es el Culto digno de Dios, el que nos pide la Religión, y sin el cual no le pueden ser agradables a Dios los demás actos de Culto, porque Dios quiere ser adorado, y debe ser adorado en espíritu y en verdad, como dijo el Divino Maestro Jesús a la samaritana, junto al pozo de Jacob.

Ahora bien: lo que íntimamente sentimos en el alma, y más cuando tenemos pensamientos y afectos grandes y poderosos, que nos llenan y rebosan en nuestro espíritu, estamos inclinados a manifestar todo ello y a expresarlo exteriormente con nuestros actos corporales, para que de lo que redundaba en el alma se manifestara a lo exterior. Y así es que nuestro Culto externo a Dios lo constituyen las manifestaciones externas de respeto y reverencia, con que demostramos y hacemos patente, por medio de acciones corporales, vivificadas por las espirituales, nuestra interna adoración a Dios; tales son las ofrendas y sacrificios, las oraciones, himnos y cánticos, las ceremonias, movimientos y procesiones; todo lo que ofrecemos y todo lo que destinamos a su servicio, honra y gloria.

Culto litúrgico es el Culto, a la vez interno y externo,

que pública y socialmente tributa a Dios el Cuerpo Místico de Cristo, o sea la Iglesia, en espíritu y en verdad, promovido y dirigido por la Autoridad de la Iglesia. De este Culto litúrgico tenemos las más completas, claras y autorizadas enseñanzas en la magnífica Encíclica de Pío XII, "Mediator Dei". Todo esto nos dispone y nos introduce para ver, entender y sentir lo que es el Culto al Sagrado Corazón de Jesús.

3.º Culto, pues, al Sagrado Corazón, Culto interno, externo y litúrgico, es todo lo anteriormente indicado, pero referido, dirigido expresamente al Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Salvador y Redentor nuestro.

Acerca de este Culto hemos de entender claramente dos cosas: a) cuál es su objeto; b) qué especie de Culto es el que le tributamos.

a) Objeto del Culto al Sagrado Corazón:

Esto es lo primero que nos preguntamos: ¿cuál es propiamente el objeto de este Culto? ¿Qué queremos decir, qué significamos, al decir: Culto al Sagrado Corazón de Jesús?

La Santa Iglesia, Madre y Maestra, ha sido siempre muy solícita en determinar con fijeza y exactitud el objeto de cualquier clase de Culto que propone a sus hijos. Así lo hizo bella y profundamente Pío IX en su Bula Dogmática "Ineffabilis", al declarar el objeto del Culto a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. Y lo mismo se propuso, y lo hizo maravillosamente, el Papa Pío XII acerca del Culto al Sagrado Corazón de Jesús; pues, antes de fundamentarlo solidísimamente en sus cimientos teológicos, estableció con plena claridad y precisión, en su "Haurietis aquas", el objeto del Culto al Sagrado Corazón. Y a la luz de este gran documento Pontificio, y de los demás con que los Papas nos enseñan la doctrina y la práctica de este Culto, se esmeró el reciente Congreso de Barcelona en profundizar y en aclarar todo lo que pertenece a este objeto de dicho Culto.

Resumiendo lo que tan ampliamente se trató en la Sección Doctrinal, lo podemos exponer brevemente en estos puntos:

1. Culto al Sagrado Corazón es Culto a Jesucristo, que tuvo una *vida interior* perfectísima en sus pensamientos, intenciones, designios e ideales; en sus afectos y sentimientos; y en sus virtudes (que todo esto constituye la vida interior); vida interior santísima con la santidad de expiación, que es la que Dios pide a toda la familia humana después de la prevaricación de Adán y de nuestros pecados personales; y vida interior que fue en Jesucristo el alma de toda su actividad exterior y de toda su obra; vida interior, finalmente, movida por la fuerza de un inmenso amor al Padre Celestial, y por el Padre a todos nosotros, sus hermanos.

2. Por lo mismo, Culto al Sagrado Corazón es Culto

a su Amor, a su triple Amor: el amor humano racional y el amor humano sensitivo; ambos sobrenaturalizados por el amor de caridad, o virtud de la caridad, que le fue dada sin medida al Alma santísima de Jesús; y el Amor divino del Verbo, el cual es común al Amor del Padre y del Espíritu Santo; triple Amor que fue el motor y fuerza de toda su vida interior, y por lo tanto de toda su vida exterior; Amor, que como nos enseña Pío XII en la "Haurietis aquas", es la clave de Evangelio, la explicación y revelación de toda la vida y de toda la obra de Cristo.

3. Y todo esto, es decir: la vida santísima interior de Cristo, movida por su triple Amor; o, lo que es lo mismo, este triple Amor, fuerza soberana y motor magnífico de toda su vida, tanto interna como externa, con el *símbolo* y con la *expresión* de su Corazón. He subrayado las dos palabras: símbolo y expresión. Expliquemos su significado.

Símbolo del Corazón: Símbolo es cualquier cosa que, por representación, figura o semejanza, nos da a conocer otra cosa, o nos la explica; es decir, símbolo es una imagen, figura o divisa, con que materialmente o de palabra se representa un concepto intelectual o moral, por alguna semejanza o correspondencia que el entendimiento percibe entre este concepto y aquella imagen, o figura, o divisa. Y en todas las lenguas y en todas las literaturas el corazón humano es el *símbolo* del amor; no tan sólo del amor, sino también de toda la vida moral humana: es decir, pensamientos e intenciones, afectos y sentimientos, virtudes y vicios; movido todo por la fuerza del amor. Este símbolo es de perenne actualidad; pues aunque algunos se empeñan en decir que ha pasado de moda, no es así, como lo demostró hermosamente un poeta barcelonés, que fue invitado al Congreso para que hablase precisamente de este asunto; y fue oído con singular complacencia.

Expresión del Corazón: Pero de todos modos hay que reconocer que el *símbolo* del corazón, como cosa humana, está sujeto a las vicisitudes, si no de la moda, a lo menos del mayor o menor valor que se le dé en la lengua y en la literatura. Por esto mismo, y aun insistiendo los Ponentes del Congreso en que hay que mantener este *símbolo*, como enteramente connatural y perennemente universal; sin embargo, y como ya lo indicó el Papa Pío XII en la "Haurietis aquas", es preferible la palabra "*expresión*"; es decir, la *expresión... corazón* es aún más adecuada que el *símbolo... corazón*; pues el corazón es expresión divina y humana; es, ante todo, expresión divina; y expresión predilecta de Dios; es expresión bíblica, y por lo mismo es expresión patrística y litúrgica de

la vida moral de Dios y de los hombres, movida por el amor; o, lo que es lo mismo, el corazón es expresión bíblica, patrística y litúrgica del amor, fuerza y móvil de la vida moral, tanto en Dios como en los hombres.

De todo esto se deduce que el corazón es aptísimo símbolo, y más aún aptísima expresión para designar el triple Amor de Cristo, y toda su vida moral, movida e impulsada por su Amor; y que por lo mismo hacemos bien cuando, guiados por las enseñanzas pontificias, damos Culto al Corazón de Jesucristo, a su Corazón de carne, como *símbolo* y como *expresión* de su Amor y de toda su vida interior santísima.

b) Explicado el objeto del Culto al Sagrado Corazón, como se hizo en el Congreso, queda por indicar qué clase de Culto es el que hemos de dar al Corazón de Nuestro amantísimo Redentor.

1. Ha de ser Culto de *adoración*, o de latría, ya que el Corazón de Jesús es Divino; es parte integrante, y muy principal, del Cuerpo Sacratísimo del Dios-Hombre; y también es Divina su vida interior; Divino su Amor; el del Verbo, como ya se entiende, y también el doble amor humano de Cristo, sobrenaturalizado por la virtud divina de su inmensa caridad, ya que este mismo doble amor humano, el racional y el sensible, es amor de la Persona única que hay en Cristo, la Persona Divina del Verbo, del Hijo Unigénito.

2. También ha de ser Culto de *acción de gracias*, o eucarístico, pues del Corazón de Cristo proceden todos los bienes de Gracia y Gloria: "Qui Corde fundis gratiam"; y del Corazón traspasado de Cristo nació o brotó la Santa Iglesia: "Ex Corde scisso Ecclesia — Christo iugata nascitur", como canta la Liturgia del Sagrado Corazón; y por la Iglesia, Esposa de Cristo, nos vienen todos los bienes del Divino Esposo, Cristo.

3. Asimismo ha de ser Culto de *expiación* o de *reparación*, Culto satisfactorio; ya que cuando pecamos, no solamente ofendemos a Dios, cuya voluntad quebrantamos, sino también ofendemos a Cristo, cuyo honor ultrajamos, y a a cuyo Amor correspondemos ingratamente, llegando a conculcar su Sangre, y a crucificarle dentro de nosotros mismos, como dice San Pablo en su Carta a los Hebreos.

4. Y, finalmente, ha de ser Culto de *petición*, imprecatorio, pues es Culto a Nuestro Mediador, en cuyo Corazón tenemos todos los tesoros y el remedio de todas nuestras necesidades, como se goza en repetirlo con tan variadas y preciosas expresiones la Iglesia, en el Prefacio de la Misa del Sagrado Corazón, en todo su Oficio, y en las magníficas Letanías del mismo Corazón Sacratísimo.

II. DEVOCION AL CORAZON DE JESUS

La Devoción es derivación y consecuencia del Culto. Así como el que profesa la fe cristiana, ha de manifestar su fe en su vida; y si su fe es verdadera y viva,

ha de ser consecuente, en todo lo que hace, interior y exteriormente, con lo que cree; así el que rinde o tributa Culto al Sagrado Corazón, ha de vivir las consecuen-

cias de este Culto; ha de entregarse a todo lo que el Culto pide, si es, como debe ser, en espíritu y en verdad. Veamos pues, qué es devoción, en general, para aplicarlo después a la Devoción al Sagrado Corazón.

1.º Devoción, en general, "*devotio*" en latín, del verbo *devovere*: entregarse, dedicarse, consagrarse, es, como enseña el Doctor Angélico, "el acto espiritual de la voluntad, de entregarse prontamente al servicio y culto de Dios"; a todo lo que pide este servicio y Culto divino (2 2ae, q. 82 y q. 83). Y añade que la devoción es el acto principal de la virtud de la religión. E insiste en que es propio de la devoción, juntamente con la prontitud de la voluntad, la firmeza y estabilidad de esta misma voluntad de vivir en entrega a todo lo que pide el servicio y culto de Dios. Lo recordó el Papa Pío XI en su Encíclica "*Miserentissimus*".

2.º Devoción, pues, al Sagrado Corazón de Jesús, es la voluntad de entregarnos a todo lo que pide el Culto al mismo Sagrado Corazón, y es consecuencia de él; y voluntad pronta, firme y estable. Si somos consecuentes con el Culto que damos al Sagrado Corazón, como lo hemos de ser; si nuestro Culto es sincero, ilustrado, consciente, hecho con todas las veras de nuestra alma, hemos de entregarnos pronta, firme y establemente a todo lo que ese Culto nos pide; ya que no otra cosa es la verdadera Devoción. Y así:

a) ¿Adoramos a Jesucristo, que tuvo una vida interior perfectísima, vida de Corazón, y que la vivió por nosotros, por nuestro bien, y para que la imitésemos; y así también nosotros viviésemos una vida interior perfecta, vida de corazón, vida parecida a la de El, modelo de toda nuestra vida? Pues, Devoción al Sagrado Corazón, Devoción bien entendida y bien practicada, como consecuencia del Culto que le damos, y entregándonos a lo que este Culto nos pide, es imitar la vida interior de Cristo; es decir, que en vez de vivir, como tantas veces lo hacemos, una vida de sentidos, de impresiones sensibles, de ímpetus de pasiones desordenadas, vivamos preferentemente una vida interior, vida de motivos racionales y sobrenaturales; y que esta nuestra vida interior sea como la de Cristo: que nuestros pensamientos, intenciones, designios e ideales sean los de Cristo; que nuestros afectos y sentimientos sean los de Cristo, amando lo que El amó, aborreciendo lo que El aborreció, buscando lo que El buscó, desechando lo que El desechó; y que nuestras virtudes sean como las de Cristo, virtudes sólidas, virtudes de corazón, como fueron las de Cristo, según El mismo nos dice: "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de Corazón" (Mt., 11, 29); y por lo tanto no virtudes aparentes y sin raíz en el alma, sino que salgan de lo íntimo de nuestro ser; virtudes cimentadas en la convicción firme de la verdad, con la luz serena de la razón y con la luz celestial de la fe; preparadas con un perfecto dominio propio y de toda pasión desordenada, en la santa libertad de los hijos de Dios; ejercitadas con la gracia sobrenatural de Cristo por la oración, el Sacrificio Euca-

rístico y los Sacramentos; y mostradas en obras buenas sobrenaturales, conforme a la voluntad de Dios, tal como se nos declara en el Evangelio por la doctrina y la vida de Jesús. Esto es Devoción a su Sagrado Corazón.

b) ¿Adoramos en el Corazón de Jesús al mismo Jesús, cuya vida interior perfectísima, tal como la acabamos de vislumbrar, fue movida por la fuerza de su Amor inmenso al Padre y a nosotros? ¿Adoramos en el Culto al Sagrado Corazón el Amor de Cristo; Amor por el cual Cristo se nos dio a Sí mismo, después de habérselo dado todo, entregándose aun a la muerte, y muerte de Cruz, para salvarnos, para que tuviésemos la vida verdadera, vida de Gracia y vida de Gloria; y Amor que, siendo de infinita misericordia y demostrado en beneficios grandísimos, es Amor mal correspondido, Amor ingratamente ultrajado? Pues, Devoción al Sagrado Corazón, Devoción bien entendida y bien practicada, si somos consecuentes con el Culto que le damos, es la correspondencia de nuestro amor, en retorno al de El, amándole porque El nos ama, y amándole como El nos ama; un amor de nuestro corazón que nos lleve a la consagración de toda nuestra vida a El, entregándonos a su obediencia, a su servicio y a su gloria, como El, porque nos amó, se entregó para nuestro bien; y amor que nos lleve a la reparación de nuestras propias ofensas e ingratitudes, y de las de todos nuestros hermanos, ya que hemos correspondido tan ingratamente, con tanto olvido, indiferencia y menosprecio, y aun con tantos ultrajes y ofensas al que nos ha amado y nos sigue amando con todo el Amor de su Corazón. Esto es Devoción al Corazón amantísimo de Jesús.

c) Finalmente, ¿adoramos en el Culto al Corazón Divino, al mismo Jesucristo, cuya vida interior, vida movida por tan inmenso Amor, fue una vida santísima, con la santidad de expiación, que es la que Dios nos pide después del pecado; y por lo mismo santidad de Cruz? Pues, Devoción al Sagrado Corazón, bien entendida y bien practicada, consecuentemente con lo que en el Divino Corazón adoramos, y con lo que nos pide el Culto que le damos, es la voluntad sincera, firme y estable, de entregarnos y de vivir entregados a participar de la santidad de expiación de Cristo, abriendo de par en par nuestro corazón al llamamiento que El nos hace, y en que cifra toda nuestra vida cristiana: "Si alguno quiere venir tras Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame" (Mt., 16, 24). Esto es devoción verdadera al Sagrado Corazón de Jesús.

Al llegar a este punto, podríamos detenernos en considerar, según los Documentos Pontificios, la significación, importancia y trascendencia de esta Devoción, así entendida y vivida, en consecuencia del Culto al Sagrado Corazón. Pero esto tendrá lugar oportuno cuando en nuestra modesta Glosa a la Encíclica "*Haurietis aquas*", lleguemos al pasaje en que el Papa nos habla de ello; con lo cual iremos irradiando las luces del reciente Congreso de Barcelona.

Roberto CAYUELA, S. J.

EXIGENCIAS ÉTICAS QUE LA EMPRESA DEBE CUMPLIR

CONTINUACION

Los factores humanos de la empresa

Acaban de aparecer, casi sin advertirlo, los factores humanos que componen la empresa. *La producción de bienes y el lucro obtenido, son, en realidad, una obra esencialmente colectiva* realizada por hombres. Éstos aparecen agrupados en tres planos, con funciones distintas, aunque enteramente vinculadas y socialmente interdependientes. Pío XII pudo decir en 1953: "Cuando la verdadera dignidad humana y el destino trascendente de todos los hombres se viven realmente día por día, la empresa se convierte también en aquella comunidad de trabajo que la encíclica *Rerum Novarum* desea" (15). Y recientemente la encíclica *Mater et Magistra* de Juan XXIII, con un admirable sentido de la realidad, ve en la socialización uno de los aspectos típicos que caracterizan nuestra época, y la entiende "como un progresivo multiplicarse de las relaciones de convivencia, las diversas formas de vida y de actividad asociada y como institucionalización jurídica" (16).

La empresa, atendida su constitución desde el punto de vista humano, *aparece, pues, con tres factores, cuyas funciones operativas son específicas en el conjunto de su actividad productiva*: son el jefe de empresa o director-gerente, los aportadores de capital y los realizadores del trabajo. He aquí el esquema, prácticamente avalado por la realidad económica y social y por la experiencia. Por esto la XXV Semana Social Italiana pudo ver en la definición de empresa, como causa material de la misma, "una combinación armónica de los factores de producción: actividad empresarial, capital y trabajo".

Esta concepción tripartita, ¿pretende ser una innovación frente al tradicional dualismo capital-trabajo, como términos limitativos de la empresa? Es evidente que no. Cuando León XIII afirmó en la *Rerum Novarum* que no puede existir capital sin trabajo, ni trabajo sin capital, quiso significar, como lo explicó más tarde Pío XI en la *Quadragesimo anno*, que existe un nexo creador entre ambos factores y un principio de correlación organizadora. "Es completamente falso — dijo el Pontífice — atribuir sólo al capital o sólo al trabajo lo que ha resultado de la eficaz colaboración de ambos" (17). Ahora bien, considerada la empresa como realidad, puede observarse que su contextura actual — debido a las necesidades presentes — pide que muchas veces la dirección, gerencia

o jefatura sea ostentada por un tercer factor humano independiente del capital y del trabajo, con funciones particulares diferenciadas: es el constitutivo de un órgano de gestión, aglutinador de esfuerzos, tareas e inquietudes.

Incluso en el caso de coincidir la jefatura de la empresa con el aportador o representante de los aportadores de capital, aquella función es distinta y separable: esto quiere decir que el plano de actividad funcional y de responsabilidad es perfectamente dissociable y obedece a principios y motivaciones, procedentes de etiologías distintas.

Al jefe de empresa corresponde, pues, una función de constitución, de iniciativa, de creatividad. Se trata de una creatividad que no se agota en la puesta en marcha de la empresa, fijados ya los objetivos y puesta en funcionamiento sus máquinas, reunidas y estructuradas las aportaciones del capital y del trabajo; al contrario, perdura y mantiene vivo el poder de iniciativa de la empresa, a cada signo cambiante de la coyuntura, a cada nueva encrucijada que presente el orden económico.

Tal creatividad — si vale la expresión — puede compararse muy bien con lo que la productividad significa en relación con la producción: está determinada por unidades de creación en cada momento circunstancial, en relación con los objetivos a conseguir, sujetos a la dinámica incesante del progreso económico.

Esta función se encuentra en cualquiera de las variedades morfológicas que adopte la empresa, así pública como privada, y es indispensable, lo mismo en estructuras capitalistas que colectivistas, incluso en las cooperativas.

Junto al sujeto director de la empresa aparece el *aportador de capital*. Tal aportación es un acto personal y libre (he aquí su principal valor humano), mediante el cual pone a disposición de la empresa un capital, como medio e instrumento necesario para la producción. Esto significa acometer libremente un riesgo y compartir la suerte de la empresa, mediante la participación lógica en el beneficio común que aquélla obtenga, aceptando las limitaciones que el mismo bien común requiera. *Este acto libre de aportación tiene su importancia humana, por cuanto subordina, dentro del orden moral establecido, unos bienes instrumentales al superior interés del bien de la empresa, dentro del marco del bien común.*

En tercer lugar están los que aportan a la empresa su *trabajo personal*, con toda su compleja problemática moral y psicofísica. En este caso, es claro que el valor humano es superior a la simple aportación del capital,

(15) Discurso del 14 de mayo de 1953, dirigido a las ACLI.

(16) Edición de la Oficina de coordinación y programación económica (Madrid, 1961), p. 27.

(17) *Quadragesimo anno*, n. 22.

por cuanto el trabajo lleva consigo la actividad de la persona: el trabajo será siempre una actividad libre y responsable, una actividad intrínsecamente social, más aún, un acto religioso. De aquí el gran valor que las enseñanzas pontificias le otorgan dentro de la obra social común de cualesquiera actividades económicas (18).

La empresa, «un solo cuerpo»

Ahora bien, concebida la empresa como integrada por estos tres factores humanos, indisolublemente unidos, *aparece como una comunidad moral*, en cuyo seno se desarrolla el proceso social y material de la producción económica. Los tres factores, según expresión de Pío XII, “constituyen cada uno, según su función, la unidad de un solo cuerpo” (19).

El concepto de comunidad, en orden a la empresa, queda constituido como el punto clave de toda reforma conceptual: en torno a él podrá adquirir validez jurídica y llegar a consecuencias prácticas eficientes, la posición del hombre con todo su valor humano y cristiano, como centro del cuerpo activo empresarial. Por esto es enteramente claro que la empresa tiene, además de una dimensión económica, una indestructible perspectiva humana: porque se trata de una cooperación entre hombres que ejercen funciones distintas y constituyen una organización social.

He aquí el aspecto humano y comunitario que ha de ser valientemente subrayado, desde el punto de vista ético, para comprender la verdadera naturaleza de la empresa: es la cooperación de los hombres, de sus actividades y de su inteligencia — y por ello mismo, de sus destinos temporales y eternos — lo que se pone en juego.

Ahora bien, esto debe ser realizado en un doble momento de toda actividad empresarial: no sólo en la producción, sino también en la distribución de la riqueza obtenida, ya que se trata de dos momentos interdependientes. En realidad, cada uno de los miembros cooperan en la consecución de los objetivos que se desean: los aportadores de capital, aceptando los riesgos, proporcionan los medios materiales de la producción; los trabajadores, ofreciendo su actividad humana y sus esfuerzos diarios; los aportadores de la inteligencia y de la dirección, precisando las proporciones de la producción, escogiendo los bienes a crear, fijando el proceso de producción, calculando el precio de los bienes fabricados y estableciendo los mercados. La empresa aparece así como una red de relaciones multipolares. En realidad, *la solidaridad en la distribución de la riqueza creada asegura la colaboración en la producción y, a su vez, la produc-*

ción de una riqueza aumentada y mejorada hace posible una distribución más razonable y más equitativa (20).

Por esto hay que admitir que toda empresa es, por exigencia metafísica, una comunidad solidaria de los hombres que contribuyen a una tarea común: *esta exigencia es siempre anterior a la organización jurídica que quiera darse ulteriormente a la empresa.*

Las anteriores consideraciones marcan las líneas generales de una fundamentación de la idea de comunidad para la empresa, desde el punto de vista de la producción. Se trata, en último término, del principio de la *solidaridad económica*. Pero éste no es ni el único, ni quizá el más importante, de los principios que justifican la concepción de la empresa, como una verdadera comunidad productiva. La misma solidaridad puede y debe ser considerada desde otros puntos de vista, de un valor moral y teológico más alto. En efecto, *la solidaridad y la cooperación se entrelazan con la idea de comunidad y es lógico que las perspectivas doctrinales sobrepasen las simples consideraciones prácticas de la producción*, por importantes y legítimas que sean éstas.

El autor de una obra reciente, Messner, ha visto en el principio de solidaridad como la síntesis del principio del bien común y del de subsidiaridad y lo ha concebido con las siguientes palabras: es “el principio de la recíproca vinculación ontológica de los hombres en la realización de sus funciones vitales y culturales y, por consiguiente, su vinculación moral al bien común en la realización de su bien particular, pero con el bien particular esencial como fin determinante de todo ordenamiento del bien común” (21).

Aunque no sea éste el momento más adecuado para examinar las relaciones entre la realización del bien particular y el bien común, es claro que “la recíproca vinculación ontológica de los hombres, a que se refiere la definición de Messner, lleva de la mano a considerar, frente a la empresa, la base cristiana del principio de solidaridad.

El cristianismo funda su doctrina social sobre dos ideas básicas: la primera se refiere al hombre. Éste ha sido creado por Dios y ha sido redimido por Cristo. De aquí que todos los hombres tengan un mismo origen, que es Dios; la misma naturaleza, compuesta de alma y cuerpo; el mismo destino, que consiste en la posesión eterna de Dios. Por otra parte, todos han sido redimidos por Cristo y todos están llamados a formar parte de su Iglesia. Ahora bien, si los hombres se hallan tan íntimamente unidos en el plano de la fe, ¿deben estar separados y sentirse opuestos en el plano económico?

La segunda idea se encuentra en la finalidad de los bienes de la tierra. Dios ha creado el mundo y sus riquezas y las ha dado al hombre para su uso. “El principio fundamental de esta cuestión (de la doctrina social católica) — dijo Pío XII — es que los bienes que Dios creó en beneficio de todos los hombres, lleguen a todos con equi-

(18) Vale la pena meditar el siguiente abuso, denunciado por Pío XII: “y así ocurre que no es el trabajo destinado al bien común el que atrae hacia sí el capital y se pone a su servicio, sino que, por el contrario, es el capital quien mueve de acá para allá al hombre y a su trabajo como una pelota”. Discurso de 15 de noviembre de 1946, dirigido a los campesinos italianos.

(19) Discurso de 31 de enero de 1952, dirigido a la UCID.

(20) Cf. P. Pavan, *L'ordine sociale* (Torino, 1959), p. 80.

(21) *La cuestión social* (Madrid, 1960), p. 372.

tativa proporción, según las normas de la justicia, unida a la caridad" (22). Por otra parte, "todo hombre —según afirmó el mismo Pontífice— como ser viviente dotado de razón, tiene efectivamente el derecho natural y fundamental de usar de los bienes naturales de la tierra, quedando, eso sí, a la voluntad humana y a las formas jurídicas de los pueblos, el regular más particularmente la actuación práctica de este derecho" (23). En otras palabras: la posesión justa y el uso justo de los bienes no se confunden, sino que se distinguen entre sí; el uso, para ser legítimo, ha de partir de la convicción de que las cosas de la naturaleza, aún suponiendo una propiedad justa y pacífica, están destinadas a servir a todos los hombres, sin distinción alguna.

Estos dos fundamentos proporcionan una base solidísima al principio cristiano de la solidaridad. *Los hombres, reunidos en una misma organización empresarial, han de considerarse como constituyendo un solo cuerpo:* he aquí un principio ético, cuyas repercusiones prácticas nadie puede desconocer.

Consecuencias del principio de solidaridad en la empresa

La concepción de la empresa, como comunidad de trabajo, lleva consigo unas consecuencias: "Salva siempre la jerarquía de las competencias y de los objetivos —ha escrito Mons. Pavan— y salva siempre la unidad y eficiencia de la dirección, es necesario que desaparezca de los trabajadores todo complejo de inferioridad, y de los empresarios y dirigentes toda actitud feudal" (24). *La necesidad, por lo tanto, de una organicidad jerarquizada en las funciones operativas de la empresa es clara.* Ésta no puede ser concebida como una camaradería, que anule el principio organitivo y direccional de la autoridad. Todos los miembros no pueden vivir en un plano de absoluta igualdad. *Se trata de que las relaciones de subordinación, necesarias para la consecución del fin de la empresa, sean aceptadas, no sólo por disciplina externa, sino con un sentido real de adhesión y de responsabilidad.*

Ninguna comunidad o colectividad puede funcionar de forma satisfactoria, en interés de todas sus miembros, sin que una autoridad coordine sus esfuerzos: ésta, por la naturaleza misma de las cosas, y por razones de competencia y eficacia, no puede ser ejercida más que por personas capacitadas para ello. *Suprimir la responsabilidad del jefe de empresa es destruir su misma función,* porque entonces queda anulada la unidad y la continuidad de la dirección, tan necesarias para la gestión del bien común.

Ahora bien, salvada la jerarquía de las competencias y la unidad y eficiencia de la dirección, *el principio de*

solidaridad de la empresa encierra en sí mismo una consecuencia de gran valor moral humano. Pío XII pronunció las siguientes palabras: hay que "conseguir que la dignidad personal del trabajador, lejos de perderse en la ordenación general de la empresa misma, le lleve a una mayor eficiencia, no sólo materialmente, sino también y, sobre todo, *procurándole los valores de una verdadera comunidad*" (25). *Los valores de una verdadera comunidad significan un perfeccionamiento de la dignidad personal de cuantos entran en el engranaje de la empresa; significan una verdadera promoción social de todos ellos.*

De aquí resulta claramente que la concepción comunitaria de la empresa no puede ser tomada como un recurso inventado por empresarios y sociólogos, con el fin de incrementar la productividad, o como una técnica psicológica de las relaciones humanas de la empresa, ésta aparece como una agrupación de hombres, que trabajan para crear bienes y distribuirlos, y cuyo fin es esencialmente la satisfacción de las necesidades y aspiraciones de la comunidad humana. *Y al pensar en las necesidades de los hombres, no sólo hay que tener en cuenta el sujeto destinatario de los bienes producidos y creados, sino también los que contribuyen en el proceso de fabricación. He aquí el problema de la promoción social de los obreros.*

Conocidísimo es, a este propósito, el llamamiento que hizo Pío XI, en la *Quadragesimo anno*, para que el contrato de salario en las empresas fuera temperado con el de sociedad: idea que fue repetida también por Pío XII en más de una ocasión. Pues bien, ello supuesto, hay que hacer notar que, en todo cuanto se refiere a las relaciones entre aportadores de capital y trabajadores, *es preciso distinguir muy bien entre el derecho y el ideal.*

En cuanto al derecho, sabida es la advertencia de Pío XII, de que "ni la naturaleza del contrato de trabajo, ni la naturaleza de la empresa comportan por sí mismas un derecho de cogestión obrera" (26); sin embargo, esto no implica que los trabajadores no puedan mirar tal participación como un ideal a conseguir. Mons. Montini advirtió, en 1952, que "el Padre Santo se ha referido en muchas ocasiones a la posición jurídico-social de las maestranzas en las empresas, precisando lo que entra en la esfera del derecho natural y lo que forma parte de las aspiraciones de las clases trabajadoras y que puede, por tanto, ser perseguido como un ideal y con medios lícitos" (27).

Ahora bien, siendo así que la regulación jurídica de las relaciones dentro del ámbito de la empresa depende de la voluntad de los interesados, cabe preguntarse: *¿existen motivos para pensar que la evolución histórica se encuentra orientada hoy hacia una superación progre-*

(22) Encíclica *Sertum laetitiae* de 1 de noviembre de 1939, dirigida al episcopado de los Estados Unidos.

(23) Radiomensaje en el L aniversario de la *Rerum Novarum*, de 1 de junio de 1941, n. 7.

(24) O. c., p. 106.

(25) Discurso de 31 de enero de 1952, dirigido, a la UCID.

(26) Discurso de 3 de junio de 1950, dirigido al Congreso de Estudios Sociales de Roma.

(27) Carta de 19 de septiembre de 1952, dirigida a la XXV Sesión Social de Italia.

siva del régimen de salario o hacia el descubrimiento de nuevas fórmulas contractuales? Hay razones que fundamentan una respuesta afirmativa. La idea de la empresa como comunidad de trabajo y el principio de solidaridad, exigen una promoción de todos los elementos que intervienen en las actividades de producción: *aquella llevará a una mayor colaboración entre todos, incluso en el plano de las responsabilidades*. No se puede olvidar, a este propósito, la seria advertencia de Juan XXIII, en la *Mater et Magistras* "si las estructuras, el funcionamiento, los ambientes de un sistema económico, son tales que comprometan la dignidad humana de cuantos ahí despliegan las propias actividades, o les entorpecen sistemáticamente el sentido de responsabilidad, o constituyen un impedimento para que pueda expresarse de cualquier modo su iniciativa personal: un tal sistema económico es injusto, aún en el caso de que, por hipótesis, la riqueza producida en él alcance altos niveles y sea distribuida según criterios de justicia y equidad" (28). Un examen, cada vez más profundo, de la naturaleza y vi-

(28) Edición citada, p. 34.

talidad de la empresa ha llegado a evidenciar que el factor productivo, constituido por el trabajo, es una energía que no se confunde con las simples fuerzas naturales; porque se trata de una energía saturada de espiritualidad. *Y entre esta espiritualidad — actividad interna, consciente y libre — y el empleo de las fuerzas naturales hay una relación de causalidad*. Esto significa que la promoción de todos ha de contribuir a un aumento de vitalidad total de la empresa, sobre todo en su sentido humano. "Nada prohíbe pensar — advierte Mons. Pavan — que las actitudes mejoradas de los mismos trabajadores, la más aguda sensibilidad social de los empresarios y dirigentes, y las exigencias del bien común, en un determinado momento de la evolución de las relaciones de convivencia, aconsejarán o reclamarán que *aquel ideal tenga también una expresión jurídica y, en el terreno histórico, ascienda a la dignidad y eficacia de un derecho*" (29).

(29) O. c., p. 107.

Narciso JUBANY

Obispo Auxiliar de Barcelona

EL PORVENIR RELIGIOSO DE HISPANOAMERICA

Entre el 23 y el 26 de mayo se ha celebrado en Roma el I Congreso Internacional de vocaciones sacerdotales. Han asistido unos 400 delegados procedentes de 30 naciones. Para preparar el Congreso la Congregación de Seminarios y Universidades ha organizado un estudio informativo en un millar de diócesis de Europa, América y Asia. De este estudio resulta que la vieja Europa ha cumplido en general con su deber religioso en el campo del apostolado y todavía hoy continúa alimentando el 80 por ciento del clero misional en todas las partes del mundo. Pero he aquí que el desarrollo demográfico y los nuevos cambios de situación hacen menos densa la saturación apostólica del mundo por parte del clero y se plantea la urgente necesidad de un esfuerzo conjunto de toda la Iglesia para afrontar esta nueva situación.

Este es el problema que voy a examinar en la presente información, referido particularmente al caso de Hispanoamérica.

Un sacerdote por cada 1.000 almas, proporción óptima

Aún en la misma Europa se ha observado que entre 1957 y 1961 el total de clero diocesano ha descendido de 169.288 a 169.033, en contraste con un aumento de población de 6 millones en general y de 5 millones de la población católica. Esto quiere decir que se habrían necesitado 5.000 sacerdotes más y en contraste se registran 250 menos. Es notable la circunstancia de que en el mismo período el número de religiosos en Europa ha pasado de 62.269 a 63.589, es decir, un aumento de 2.000 más.

Si pasamos ahora a las proporciones de América obtenemos los siguientes resultados: en Canadá los sacerdotes diocesanos han pasado de 7.978 en 1957 a 8.583 en 1961; en los Estados Unidos, de 29.813 en 1957 a 32.298 en 1961, lo que da un sacerdote por 841 fieles en el Canadá y uno por 1.211 en los Estados Unidos (realmente en este último

país, uno por 850 si se cuentan también los religiosos). En resumen, también déficit en Norteamérica y Canadá respecto de la relación óptima de uno por mil ya indicada. Pero el problema es tremendo respecto de Hispanoamérica. En estos territorios la población ha aumentado de 1957 a 1961 en 30 millones de almas, lo que quiere decir que se necesitarían 30.000 sacerdotes más y en cambio no se han registrado más que 4.000.

En 1955, tras del Congreso Eucarístico Internacional de Río, se creó el "Consejo Episcopal Latinoamericano" para organizar una pastoral de conjunto a escala continental.

Los obispos hispanoamericanos sentían la magnitud del problema que tenía una impresionante expresión estadística. Se trata de una legión con 173 millones de católicos, o sea la tercera parte de los católicos de todo el mundo, aunque solamente cuenta con el 5 por ciento del clero mundial, que da la relación de un sacerdote por cada 4.730

católicos. Ahora bien, según las previsiones estadísticas, Hispanoamérica tendrá antes de 15 años 100 millones más de habitantes, de los cuales el 40 por ciento, de edad inferior a los 14 años. Hay que señalar que en algunos de estos países la tasa de crecimiento de la población sobrepasa el 30 por 1.000, mientras que en Francia es sólo del 3,5 por mil.

Vale la pena insistir en este aspecto de la "explosión demográfica" de Hispanoamérica, porque en función de este hecho se plantea actualmente la necesidad urgente de una acción conjunta de todos los católicos: jerarquía, clero y seglares unidos en la misma empresa.

El Papa pide un esfuerzo conjunto de la Iglesia

En carta enviada recientemente por su Santidad el Papa Juan XXIII al cardenal Liénart, obispo de Lille y presidente de la asamblea de cardenales y arzobispos de Francia, le señala su grave preocupación en estos términos que seguidamente vamos a glosar: "Una de Nuestras graves preocupaciones actuales en el gobierno de la Iglesia universal es la situación religiosa de la América Hispana donde la amplitud de los territorios, el aumento rápido de la población, los ajustes políticos y económicos han contribuido, con otras causas, a retrasar, a hacer difícil la solución del grave problema de las vocaciones y de los aspectos particulares de la acción pastoral según las exigencias crecientes de los tiempos".

De las palabras citadas del Papa voy a desarrollar el punto relativo al aumento rápido de la población y a los ajustes políticos y económicos que contribuyen a retrasar la cristianización definitiva de Hispanoamérica.

Al fenómeno original de creciente fertilidad de la especie humana en los momentos actuales, se añade la constante disminución de la mortalidad gracias a los progresos de

la investigación médica y a las nuevas técnicas sanitarias que suprimen las viejas epidemias devastadoras y han hecho retroceder en forma rapidísima la mortalidad infantil. Este resultado ha provocado una paradójica reacción en un congreso celebrado recientemente por la Unicef — Organización de la ONU para la infancia —, al señalar: estamos salvando muchas vidas infantiles; pero después no tenemos con qué alimentarlas". Sin querer tocar siquiera la posible intención malthusiana de la anterior observación, hay que reconocer que la población creciente hispanoamericana tienen una anchísima base infantil, debido a que la edad que el hombre alcanza es baja por término medio: frente a los 65 ó 70 años de los países adelantados, aquí oscila entre los 30 y los 45. Esto hace que cada persona tenga que trabajar para sí y para dos o tres personas más. La población activa es reducida pues a veces no llega ni a un tercio o un cuarto del total.

Respecto de las previsiones estadísticas, quiero recordar que los 3.000 millones de habitantes que hoy pueblan la tierra se habrán convertido para el año 2000 en más de 6.200 millones y que su distribución probable será esta:

	Millones
Asia (sin URSS)	3.870
Hispanoamérica	592
Europa (sin URSS)	568
África	517
URSS	379
América sajona	312
Oceanía	29

La aceleración del crecimiento demográfico mundial que entre 1940-50 era de 1,2 por 100, llegará entre 1950 y 1970 al 1,7. Actualmente cada año aumenta la población mundial en 50 millones de personas y de esta cifra la tasa más alta, con el 2,6 por ciento corresponde a Hispanoamérica, mientras que la tasa europea es sólo de 0,8 por 100. Se prevé que entre 1960 y 1975 el ritmo de crecimiento demo-

gráfico para Hispanoamérica llegará al 2,8 por 100 mientras que el de Asia será del 2,1 por 100 y el de África y la URSS, del 1,8 por 100. Con este ritmo de fertilidad, Hispanoamérica constituirá en el año 2000 el segundo grupo humano de la tierra, pasando entre el 1900 y el 2000 de 63 millones a casi los 600 millones, que es como pasar del Brasil actual, a la actual China. Esta línea de desarrollo descubre una marcha alucinante. En 1850 el total combinado de todos los países hispanoamericanos representaba unos 33 millones de habitantes, es decir menos que Francia en aquella época. Hoy, sólo la población de Brasil es igual a la de Francia, Bélgica y Holanda combinadas. Así pues, aquellos 33 millones de 1850, en una población mundial de 1.100 millones representaban sólo un 3 por 100; mientras que los 200 millones de hispanoamericanos representan hoy casi el 7 por 100, con tendencia a un aumento relativo. En 1975 Hispanoamérica contará con 300 millones de habitantes y 25 años después con casi 600 millones. De esta forma esta comunidad hispanoamericana que en 1942 sobrepasaba a la población de los Estados Unidos y en 1955 a la de Estados Unidos y Canadá juntos, podrá sobrepasar a la de la Unión Soviética en 1965, al África y a Europa juntas en el 2000.

Esta morosa complacencia en la fertilidad relativa de la población hispanoamericana, obedece a la legítima y justificada añoranza de que los descendientes de una población católica deberían seguir siendo católicos como sus padres y, también al temor de que por incuria o incapacidad pudiera frustrarse esta "natural" perspectiva.

No hay que decir que nuestra relación rechaza la advertencia de una organización como el norteamericano "Population Council" que coincidiendo totalmente con estos informes de desarrollo demográfico hispanoamericano, daba a estos países el siguiente consejo:

“Se advierte a los gobiernos hispano-americanos que todos los programas de desarrollo social y económico tendrán “muy poco significado práctico” a menos que disminuya el crecimiento de su población”. De hecho, Puerto Rico es desde hace varios años campo de experimentación de una política de control de natalidad que ya ha originado algunos graves conflictos con los católicos. Escandaliza esta propaganda, especialmente referida a estos países en los que la densidad por kilómetro cuadrado es de 10 personas y que hasta el año 2000 no llegará a las 30, y donde aún está sin cultivar la mayor parte de las tierras cultivables. Resulta escandaloso y aleccionador que esta propaganda haya dado a Kruschef la fácil réplica de que es tan absurda como sería “la de cortar las piernas a un muchacho al que se le van quedando cortos los pantalones, en vez de hacerle otros más largos”.

Estudios recientes señalan que en el estado actual de la técnica, Hispanoamérica puede sostener no menos de 2.500 millones de personas. Esto quiere decir que está justificada la complacencia en este crecimiento relativo de importancia de la población hispanoamericana en el mundo si los católicos sabemos responder adecuadamente a nuestra responsabilidad para evitar que por entre los barrotes de las cunas se escape aquella población hacia la descristianización y el paganismo por falta de densidad apostólica de sus masas. Un cuadro estadístico, frío en apariencia, pero tremendamente expresivo muestra esta posibilidad. Se refiere a la proporción de niños ilegítimos en la población hispanoamericana:

Costa Rica	—
República Dominicana	62
El Salvador	61
Nicaragua	56

Honduras	65
Guatemala	72
Venezuela	56
Ecuador	35
Méjico	23
Panamá	74
Chile	18
Perú	41
Brasil	—
Paraguay	45
Colombia	24
Argentina	21
Cuba	—
Bolivia	21
Uruguay	21
Haití	—
Puerto Rico	—

(Fuente: United Nations: “Demographic Yearbook”, 1959).

Esta tremenda proporción de niños ilegítimos en el conjunto de la población infantil total revela por lo pronto el morbo gravísimo de descristianización de la familia, y esto es gravísimo, porque mediante la familia y a través de ella se consigue la más sólida consolidación del orden cristiano en la sociedad, o, a la inversa, la más decisiva desintegración. Este es el problema tremendo para el que el Papa apela al esfuerzo conjunto de la Iglesia. Este llamamiento de Su Santidad dirigido a Francia en los momentos actuales fue hace algunos años dirigida a España por Su Santidad Pío XII y en respuesta al mismo varios centenares de sacerdotes y de militantes seculares trabajan en aquel campo de apostolado. Bélgica, por su parte, ha fundado un Colegio para América Hispana bajo el patronato de la universidad católica de Lovaina, con la misión de poner sacerdotes diocesanos a disposición de los obispos hispanoamericanos. Al mismo tiempo que se aseguran estudios eclesiásticos en la universidad de Lovaina, este Colegio da a sus seminaristas una formación hispano-americana que les prepara

inmediatamente para el nuevo apostolado. Se insiste especialmente, en la preparación de lenguas, historia, geografía, sociología y pastoral. En 1961 partieron ya 59 sacerdotes; 9 continuaban sus estudios y 77 seminaristas se preparaban en varios centros de formación. Los Estados Unidos han enviado ya 2.000 sacerdotes para este ministerio hispanoamericano, e igualmente otros países, como el Canadá, Alemania occidental, etc.

Ahora el llamamiento patético, dirigido por Juan XXIII a la Iglesia de Francia está caldeado por estas graves consideraciones: “el porvenir de la Iglesia — señala el Papa — en los vastos territorios hispano-americanos, se abre lleno de promesas... Pero, esta fecundidad latente espera manos sacerdotales abiertas para la siembra generosa del apostolado. Espera que vengan en ayuda de la jerarquía, en filas apretadas, religiosos y religiosas; necesita el apoyo sólido de seglares bien preparados... Es necesario para eso que todos los que quieran compartir la angustia apostólica de nuestro corazón, hagan todos los esfuerzos y consientan todos los sacrificios para responder a la espera de este continente. El momento presente reclama de parte de todos un programa bien definido. Mañana, podría ser demasiado tarde, a causa de la irrupción de las fuerzas disolventes que, en el mundo entero, tratan de cerrar el camino a la Iglesia, allí sobre todo donde el despliegue de las fuerzas del bien pueden parecer insuficientes ante la multiplicidad de las tareas”.

Creo que la información precedente patentiza a las claras que, en Hispanoamérica, el esfuerzo del apostolado es insuficiente, y que la orden de movilización dada por el Papa para una acción de conjunto, nos compromete a todos.

JESÚS SÁINZ MAZPULE

VLADIMIR, SANTA MARIA DE RUSIA

El Kremlin, cinco llagas

El Kremlin es el Capitolio de Moscú. El corazón de Rusia. Porque Rusia todavía tiene corazón.

Kremlin significa fortaleza. El Kremlin de Moscú es toda una ciudad fortificada y en alto con el aspecto ciclópico de un fuerte inexpugnable.

Desde los más apartados pueblos rusos llegaban cada año al Kremlin millares de peregrinos. Tiene cinco puertas de entrada. Una de ellas, "la puerta del Salvador", por una imagen milagrosa que sobre ella se alzaba y ante la cual era necesario descubrirse.

Hoy sobre la torre más alta del Kremlin campea una monumental "estrella roja". Color de sangre. Las cinco puertas de entrada a su recinto, a sus catedrales vacías, a sus palacios todavía recientemente ensangrentados, son cinco llagas abiertas.

El Kremlin, una ciudad para la Virgen

El Kremlin conmueve hoy al mundo. Cada consigna, cada voz de mando que sale de esas fortalezas ciclópicas lo tranquiliza temporalmente o lo hace estremecer.

Y el Kremlin fue una ciudad para la Virgen.

Tres fechas estelares hay principalmente en la vida de la Virgen. Cada una de ellas tenía su catedral en el Kremlin.

En la cumbre, como una corona o como un grito, la catedral de la Anunciación, la fecha estelar del anuncio del Ángel. Muros fuertes con elementos románicos, verjas altísimas de calado gótico y cinco torres espléndidas con sus características cúpulas bizantinas.

Dentro, un Icono de la Virgen que acompañó también a los rusos en sus guerras ancestrales contra los tártaros. Éste ha sido el altar para todos los matrimonios de los zares.

El edificio más importante del Kremlin es el espléndido palacio de los zares. Frente a éste, otra fecha estelar de la Virgen: la catedral de la Natividad.

Y en el centro, en el mismo corazón del Kremlin, el monumento estelar de la Virgen más querido para los orientales: la catedral de la Asunción.

Primero fue una humilde "isba", una de esas pobres casas de madera pegadas al barro de la llanura rusa. Fue un templo de madera montado hace casi ocho siglos. Cinco veces ha sido destruido por las llamas. Y otras tantas rehecho de distintas maneras y estilos.

Hoy es una monumental catedral con aire de fortaleza. Muros macizos; ventanales altísimos y estrechos como alargadas saeteras de un castillo. Cinco cúpulas levantaban airoosamente la cruz, una de ellas, la central, gigantesca y magnífica.

En una capilla lateral, toda revestida de cobre dorado, hay un recuerdo más vivo de la Señora: un vestido y su dario que piadosamente se cree que pertenecieron a la

Madre de Jesús, y que fueron donados en 1626 por el sha de Persia.

Iconostasio, una finura oriental

Iconostasio significa sitio para las imágenes.

Los bizantinos conciben el trazado de sus templos de una manera original y finísima. Los dividen en dos partes: la nave y el santuario.

La nave es el símbolo de la Iglesia en la tierra. En ella se colocan los fieles.

El santuario o presbiterio simboliza el trono de Dios.

Entre ambos, el iconostasio. Primeramente fue una sencilla balaustrada o una alta verja. Luego, toda una pared de rica madera o de metal precioso. Un verdadero retablo, repleto de iconos.

Es como una separación entre el cielo que es el altar, y la tierra que es el recinto común de la iglesia.

Suele tener tres puertas, tres "santas puertas". La central, algo mayor que las demás y más hermosa, llamada por antonomasia "la Puerta Santa" o "la Puerta Real", es como una entrada a la gloria celestial. Solamente pueden entrar por ella el Obispo, el sacerdote o el diácono cuando lleva en sus manos el libro de los Evangelios.

Las otras dos son para los ministros sagrados de inferior categoría.

Una Virgen llamada Vladimir

En el iconostasio de la catedral de la Asunción del Kremlin de Moscú, había un icono de la Virgen llamada Vladimir.

Vladimir es el nombre de una ciudad que en algún tiempo llegó a ser la principal de Rusia. Su nombre completo es Vladimir de Kliazma, porque está situada sobre este río y en un importante puerto fluvial. Apenas quedan restos de sus antiguas murallas: sí de su Kremlin o fortaleza, y, en la parte antigua de la ciudad, casi todos de sus numerosas iglesias bizantinas.

A 175 kilómetros de Moscú, está rodeada de numerosos jardines y abundantes frutales, sobre todo cerezos.

El nombre lo tomó de su príncipe fundador. Y de ella, a su vez, lo tomó la Virgen de Vladimir.

Vladimir significa "dominio del mundo": nombre propísimo para la Virgen que es Reina de los Cielos y de la tierra. Pocas veces más apropiado que en esta invocación el título de "Nuestra Señora".

Pero los orientales prefieren generalmente otro que les recuerda el triunfo de la Virgen en el Concilio de Éfeso, en el que fue definida, contra Nestorio, la maternidad divina de María. Como una renovada profesión de esa gran fe, llaman ordinariamente a sus Vírgenes "la Madre de Dios". El nombre completo de esta Virgen es "la Madre de Dios de Vladimir".

Icono, alma bizantina

La Madre de Dios de Vladimir es el principal y tal vez el más querido de los iconos rusos de la Virgen.

Icono, en griego, quiere decir imagen. Pero la palabra ha sido consagrada en la iglesia bizantina para designar una pintura de Jesús, de la Virgen o de los santos sobre madera, a veces con incrustaciones de perlas o piedras preciosas, sobre todo en el nimbo o en las coronas.

La gran parte de los iconos provienen de los antiguos monasterios. Los monjes se convertían en pintores, no precisamente por un intento artístico ni mucho menos monetario, sino por una santa vocación apostólica. Antes de empezar su obra hacían grandes ayunos y prolijas oraciones para que Dios guiase su mano, y la pintura infundiera devoción en quien la mirara.

Tal vez por eso los iconos, sobre una tabla de abedul o de pino, recubierta luego de "levka" (una mezcla de yeso y polvillo de alabastro), reproducen rostros o escenas de un suave idealismo, y gran parte de ellos, de una altísima ternura.

El icono de la Madre de Dios de Vladimir fue probablemente pintado por una de esas manos reverentes hace unos ochos siglos, en la época de la pintura bizantina que llaman "Renacimiento macedónico".

Salto a la historia

La Virgen de Vladimir salta a Rusia casi al principio de su historia, unos cuatro siglos del despertar de Rusia como nación moderna. Hacia poco más de medio siglo que había entrado en ella el catolicismo, llevado por la princesa bizantina Ana, al contraer matrimonio con el príncipe que precisamente se llamaba Vladimir, el que con varios de sus súbditos recibe el Bautismo en 998.

De Bizancio le llega también el icono venerado, entre mucha literatura religiosa que pasa a través de Servia y Bulgaria.

Justamente en 1155 un Patriarca de Constantinopla regala el Icono al príncipe ruso Jorge Dolgorouky.

Kiev era entonces la capital de un naciente imperio, recientemente formado por los eslavos orientales o rusos, y además empezaba a ser una verdadera corte del arte y de la ciencia. Cerca de esta capital, el convento de Vychgorod fue el primer altar de esta Virgen, todavía sin nombre.

Cinco años más tarde, el príncipe Andrés Bogolioubsky hereda de su padre el príncipe Jorge, el Icono y lo traslada a la catedral de la Asunción de Vladimir, la ciudad sobre el Kliazma.

Ya el Icono tiene nombre, ese bonito y señoril de la ciudad de los jardines y los cerezos que significa "dominadora del mundo".

Cuatro años más tarde, como para ejercer su nombre de señorío, el Icono sale a la guerra. Ya va recubierto de oro y plata y piedras preciosas.

Y los soldados le cantan:

"Madre de Dios: quien en Ti espera jamás perecerá."



Un papel en cada gesta

La devoción del pueblo ruso se va centrando en el precioso Icono que se ha apropiado ese majestuoso nombre de señorío.

Veinte años después, empieza a pedir un papel de protagonista en cada gesta, y en retorno hace florecer a su alrededor los hechos milagrosos.

En 1185 la catedral de Vladimir queda destruida por un violentísimo incendio. Pero el Icono queda milagrosamente intacto.

Medio siglo después comienzan en Rusia las terribles invasiones de los tártaros, ese pueblo nómada y guerrero del interior del Asia que ha jugado un papel tan importante en los destinos del mundo.

En 1238 las hordas de Batú, el indomable caudillo tártaro, después de haber aprovechado el invierno para atravesar sobre el hielo de los ríos y pantanos, se lanza sobre Vladimir, la capital del gran ducado. Y, al conquistarla, arrasa todas sus casas y mata a todos sus habitantes. Entre su botín se lleva los riquísimos decorados de sus iglesias; pero deja intacto el venerado Icono de la Virgen que entre perlas y oro seguía llamándose con ese regio nombre de dominadora.

Poco más de medio siglo, y de nuevo los tártaros sobre

Rusia, al mando del terrible Tamerlán, el legendario aventurero "Timur, el cojo", que, a costa de llegar hasta Moscú, había atravesado a sangre y fuego Persia, Armenia y gran parte del sur de Rusia.

Cuando Tamerlán se aproxima a Moscú con sus hordas salvajes y martirizadoras de cristianos, el gran duque ruso Basilio I acude al Icono milagroso de la Señora de Vladimir. Para lograr su protección lo traslada solemnísimamente desde la catedral de la Asunción de Vladimir a la catedral de la Asunción en el Kremlin de Moscú.

La Madre de Dios de Vladimir ejerció su celestial influencia de señorío. Hasta se cuenta que la Reina de los cielos, envuelta en majestad, se presenta al salvaje aventurero tártaro y le ordena la retirada. Moscú se salvó. La Virgen del Icono guardó el nombre señorial de Vladimir, pero ya para más de cuatro siglos entronizada en Moscú, la nueva capital de Rusia, y en esa catedral de su nombre que es el corazón del Kremlin.

Tres fechas, un milagro

La historia de las terribles amenazas tártaras es la historia de las invocaciones rusas a la Madre de Dios de Vladimir.

A fines del siglo xv, Iván III, el Grande, se firma "zar de todas las Rusias". Es como un aliento de imperio. Iván III es el paladín de la unidad del gran pueblo, y el primero que se atreve a negar con valentía el vergonzoso tributo a la Horda de Oro. Los tártaros se ven obligados a la humillación de pedirle la paz.

En 1480, el gran Iván los somete definitivamente. Rusia es ya una nación libre y moderna, y Moscú, por voluntad del zar, se llama "la tercera Roma".

El pueblo ruso reconoce la clara protección de su Virgen de Vladimir, y agradecidamente le consagra desde entonces tres días para su fiesta: el 21 de mayo, el 23 de junio y el 26 de agosto. El 26 de agosto en memoria y agradecimiento por la protección a Moscú contra el kan o rey de Crimea, Makmet Guirei. Tres fechas; un mismo milagro.

El icono precioso, en cada uno de esos días, recorre procesionalmente las calles de la tercera Roma. Desde su iconostasio de la catedral de la Asunción del Kremlin es llevado solemnísimamente al monasterio de Stretensky, o del Encuentro, entre el entusiasmo y la devoción de los sacerdotes y los fieles. Feliz nombre el del monasterio, porque está levantado en el sitio preciso en que los moscovitas salieron a recibir a la Señora de Vladimir.

Destino, el destierro

1812 es una fecha crucial para Rusia. Hasta ha quedado inmortalizada en un poema musical detonante y ruidoso, pero espléndido, de uno de los más grandes músicos rusos, Tchaikowsky. Es la fecha de la invasión de Napoleón, la fracasada aventura que le cuesta millares

de vidas de hombres tendidos en el frío terrible de la estepa.

Fecha epopéyica de Rusia: algún papel había de jugar en ella la Madre de Dios de Vladimir.

El 2 de septiembre, la víspera de la ocupación de Moscú, el icono es llevado nuevamente a su antigua catedral de Vladimir. Pero sólo temporalmente: el 20 de octubre del mismo año vuelve a su trono de Moscú en la fortaleza cimera del Kremlin.

La Virgen de Vladimir ejerce tan verdaderamente su dulce señorío sobre Rusia, que desde entonces ha presidido allí la esplendorosa coronación de todo zar y la fastuosa consagración de cada Patriarca. Hasta en detalles tan mínimos como éste: antes de la elección de cada Obispo, los nombres de los posibles electos eran escritos en el marco del venerado icono.

Hoy en la torre más alta del Kremlin de Moscú campea una colosal estrella roja.

La estrella roja campeando sobre el cielo de Moscú es la bandera sangrienta de la revolución bolchevique que desde 1917 quiere aplastar la fe desterrando toda idea religiosa, profanando iglesias y martirizando a sus sagrados ministros.

También el Icono de la Virgen de Vladimir hubo de salir al destierro. Fue robado el magnífico decorado de su trono. El Icono, casi milagrosamente intacto, desde su iconostasio de la catedral de la Asunción del Kremlin en 1919 pasó a la frialdad de un museo de pintura, el museo Tretyakov, en el mismo Moscú, y a unos metros solamente del Kremlin, el capitolio de la monumental estrella roja, que hace estremecer al mundo.

Ella es la paz

Es oportunísima ocasión para darnos cita en Vladimir, ésta en que el Papa convoca a Concilio. Nuestro santísimo Padre el Papa Juan XXIII es el Papa de la unidad. Llama amorosamente para un mismo rebaño a Oriente y a Occidente, a católicos y ortodoxos. Y él lo dijo el primero de febrero de 1959, a un grupo de armenios peregrino a Roma:

"La más segura garantía de una reconciliación entre los ortodoxos y católicos es nuestra común veneración a la Madre de Dios".

Cita ante la Virgen. Ella es la paz. Ya los ortodoxos han respondido, y por primera vez en la historia han acudido a Lourdes en el mismo año 1959.

Y el Occidente católico empieza a darse cita ante la Virgen de Vladimir, ese dulce y bello Icono bizantino de la Madre de Dios, desterrada a la frialdad de un museo, pero que aún conserva su nombre señorial de dominio del mundo. Ella, apenada con el Hijo vestido de oro que la consuela. Dos miradas y un corazón. Ya unos metros nada más de la sangrienta estrella roja que aún corona la ciudad ciclópea del Kremlin, el Capitolio de Moscú.

VICTORIANO RIBAS ANDRÉS, S. J.

Fragmento de: "VLADIMIR SANTA MARÍA DE RUSIA"

TERESA DEL NIÑO JESUS Y EL SENTIDO DE LA HISTORIA

El problema que se plantea con profundidad y angustia el pensamiento contemporáneo es incontestablemente el de la historia que implica el sentido de la existencia y de la libertad. Unos niegan la existencia y la acción de una Providencia sabia, poderosa y amante y entregan al azar el porvenir del mundo. Se adhieren a esta reflexión que hizo Federico el Grande a Voltaire: "Cuanto más uno envejece, más se persuade que Su Majestad el azar cumple las tres cuartas partes de la tarea de este miserable universo". Azar es una palabra vacía de sentido. ¿No será del absurdo de lo que es preciso hablar? Esta conclusión sería tanto más ilógica y dolorosa en cuanto que el hombre lleva, en su espíritu, exigencias imperiosas de inteligibilidad. El hombre se debatiría en una noche tal que no podría ser iluminada más que por las perspectivas del incendio atómico.

Los que creen en el espíritu se desentienden de ese pesimismo y afirman su realidad, su emergencia, su trascendencia. Están convencidos de que la persona progresa, con la conciencia cada vez más viva de su libertad y en el esfuerzo cada vez más violento con que procura su liberación. Los marxistas sostienen que el hombre es actualmente esclavo de las estructuras económicas y que debe y puede llegar, por medidas radicales, a su emancipación.

Nosotros, cristianos, que creemos en el amor (I Juan, 4, 15) sabemos que Dios lo ha dispuesto todo para sus elegidos (Rom., 8, 28) que si es preciso se revuelve el mundo para salvar una sola alma, que Cristo Jesús es la explicación suprema de la historia, su centro y su fin. Cristo que fue ayer, que es hoy y que será mañana (Hebreos, 13, 8), ha recibido la misión y tiene el poder de reconciliarlo todo, de restaurar el universo. La historia es la edificación de la Ciudad de Dios, la génesis del Cuerpo místico (Efesios, 4, 12-13). Su crecimiento está asegurado por los Sacramentos y la labor de los santos bajo la influencia del Espíritu Santo.

Santa Teresa del Niño Jesús durante su viaje a Roma pudo reflexionar sobre el hundimiento de los imperios. Escribió: "Me hubiera gustado pasear sola entre las ruinas y meditar sobre la fragilidad de las cosas humanas..." (m., p. 159). Santa Teresa, en sus memorias, nos recuerda que cada alma tiene una historia en el misterio, el encuentro armonioso o el conflicto trágico de la misericordia de Dios y la libertad del hombre, y que esta historia personal se inserta en la historia universal para imprimirle una nueva orientación confirmándole su peso de eternidad.

I. Cada alma es una historia

La historia, para muchos, es la narración exclusiva de acontecimientos importantes o juzgados como tales: alianzas, guerras y tratados, nacimiento, apogeo, decadencia y caída de los imperios y de las culturas, vida de personajes situados en primer plano y agentes responsables de estos acontecimientos. Pero, toda persona humana tiene su historia; todo ser humano es histórico. La historia más importante es la de las almas y de entre ellas las más hermosas, las de los Santos, ya que son ellos los que transforman el mundo. Son la más elevada, la sola verdad.

Santa Teresa del Niño Jesús, después de San Agustín y Santa Teresa de Ávila, ha escrito la historia de su alma con una penetración psicológica que Van der Meersch no ha dudado en llamar pascaliana. Un alma es, por sí sola, un mundo. "He comprendido... que todas las almas no pueden ser semejantes, es preciso que las haya de distintas familias a fin de honrar especialmente cada una de las perfecciones de Dios (M., p. 209). Los caminos por los que el Señor las conduce son distintos (M., p. 244). Por lo tanto es imposible obrar con todas las almas del mismo modo" (M., p. 287). Visión muy personal de la santidad y concepción completamente newmaniana de la individualidad de las almas.

El alma iluminada por el sol de la gracia, progresa según la medida en que ella es fiel a los avances divinos. Mirando su pasado, y siguiendo la línea de su evolución interior, Teresa discierne un itinerario donde señala algunos jalones: "En la historia de mi alma hasta mi entrada en el Carmelo, distingo tres períodos bien distintos; el primero, a pesar de su corta duración no es el menos fecundo en recuerdos; comprende desde el despertar de mi razón hasta la partida de nuestra querida madre hacia la patria del cielo (M., p. 11). El segundo período, desde la edad de cuatro años y medio hasta mis catorce años" (M., p. 33), el más doloroso desde la entrada de Paulina en el Carmelo. El tercer período empieza con la conversión de Navidad de 1886 en que sale de la infancia y encuentra, por la gracia, el equilibrio perdido (M., p. 107). Cuando partió Paulina, su alma estaba bien lejos de la madurez (M., p. 63), desde la Navidad de 1886, empieza, por así decir, una carrera gigante (M., p. 106). Cuando la enfermedad de su padre, en 1888, nota un avance considerable: "No andábamos ya por los senderos de la perfección, volábamos las cimas (M., p. 183). "Fue sobre todo desde el día bendito de vuestra elección (20 de febrero 1893) que yo volaba por los caminos del amor... ese día Paulina se convirtió en mi Jesús viviente" (M., p. 201). Después de su oblación

heroica de 9 junio inmolándose como víctima al Amor Misericordioso confió a la Madre Inés de Jesús: "...Vos sabéis las oleadas o mejor dicho los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma... ¡Ah! después de este dichoso día, me parece que el Amor me penetra y merodea, y a cada instante me parece que este *Amor Misericordioso* me renueva..." (M., p. 211).

Sobrepasando su historia personal, a la luz de su experiencia que se esfuerza en comprender, y de la experiencia de las almas que dirige, desarrolla las leyes de la evolución espiritual.

Señalamos sólo algunas para apreciar su clarividencia sobrenatural:

"Él (Jesús) no desea mostrar a las almas todo al mismo tiempo. Da ordinariamente sus luces poco a poco" (M., p. 185).

"Por una gracia fielmente recibida, Él me concedía multitud de otras."

"Muy pronto reconocí que cuanto más uno avanza en este camino, más se cree uno lejos del término, por eso ahora me resigno a verme siempre imperfecta y en ello encuentro mi alegría" (M., p. 185-186).

Toda alma tiene, pues, una historia; en esta historia se pueden encontrar momentos decisivos; reflexionando sobre este itinerario, se observa el juego de leyes precisas que, en su conjunto componen la pedagogía de Dios.

II. La historia de un alma es un misterio

Raymond Aron ha destruido la ilusión que sostienen los que pretenden escribir "Historias Universales". ¿Es evidente que una mirada humana no puede abrazar, en intuición sintética, la totalidad del porvenir? ¿Puede uno acaso desentrañar la historia de una sola persona? ¿No esconde un insondable misterio? El misterio del amor divino que preve — la misericordia de Dios — y el misterio del amor humano que responde o que rechaza la libertad. La santidad consiste en ser elegido y en elegir, en ser amado y en amar. "La perfección consiste en hacer su voluntad (la de Dios); en ser lo que Él quiere que seamos..." (M., p. 6).

La empresa de Dios

Para nuestros contemporáneos que se inspiran en la filosofía de Nietzsche (voluntad de poder) o que permanecen fijos al principio de Kant (autonomía de la voluntad), la santidad no puede ser más que la eclosión de la personalidad, y la perfección espiritual, una forma privilegiada de la realización de sí y para sí. Error fundamental, pues es Dios quien nos ha amado primero (I Juan, 4, 10). La convicción que enraiza en el alma de Teresa, es que Dios tiene siempre la primera inicia-

tiva. Un versículo de San Marcos (3, 13) excita su atención: "Jesús, habiendo subido a una montaña llamó a Él a aquellos que le plugo". Y añade: "He aquí el misterio de mi Vocación, de mi vida entera y sobre todo el misterio de los privilegios de Jesús hacia mi alma... Él llama no a los que son dignos, sino a los que le place..." (M., p. 4-5).

El Señor la había desde el principio preservado. Si exceptúo a San Agustín, no conozco ninguna santa que tenga sentimiento más vivo de su fragilidad. Los testimonios abundan... Al partir hacia Italia, teme "descubrir el mal" (M., p. 140). "¡Ah! si Dios no hubiese prodigado sus bienhechores rayos a su florecita, jamás hubiera podido aclimatarse a la tierra..." (M., p. 33-34). "...con un corazón como el mío, me hubiera dejado prender y cortar las alas, entonces ¿cómo habría podido *volar y reposar*" (M., p. 91). "...Si mi corazón no hubiera sido *elevado hacia Dios desde su despertar*, si el mundo me hubiese sonreído desde mi entrada en la vida, qué habría sido de mí?..." (M., p. 95). Teresa se considera como una creación perpetua de la misericordia divina. A cada momento es rescatada. "Es preciso que le *ame* porque me ha *perdonado* no mucho, sino *todo*" (M., p. 92-93). Intuición teológica de una sorprendente profundidad. ¡La Redención es obra de amor! Somos salvados porque Dios nos ama en su Hijo y, si nosotros le amamos, Su amor redentor lo hace *todo* en nosotros.

El Señor envuelve a Teresa, y la ha conquistado progresivamente. Niña, ella piensa, medita, se deja sumergir en la oración. Pasea con su padre, el huracán brama, pero ella no se asusta "...¡estaba entusiasmada, me parecía que Dios estaba cerca de mí...!" (M., p. 37). Es atraída hacia el Carmelo no porque está Paulina y desea encontrarla, sino porque Dios la quiere allí: "...No era un sueño de niña que se deja llevar, sino la *certeza* de un llamamiento divino; yo quería ir al Carmelo no por *Paulina*, sino por *sólo Jesús*" (M., p. 61). Describiendo los momentos místicos de su primera Comunión: "Fue un beso *de Amor*, me *sentía amada*... ese día no fue sólo una *mirada*, sino una *fusión*... sólo quedaba Jesús, era el *Dueño*, el *Rey*, ¿no le había pedido Teresa que le quitara su *libertad*? pues su *libertad* le daba miedo, se sentía débil, ¡tan frágil que para siempre quería unirse a la *Fortaleza divina*!..." (M., p. 83). Cuando se ofreció como Víctima al Amor Misericordioso, fue invadida por este Amor. "¡Ah! después de este feliz día, me parece que el *Amor* me penetra, me rodea..." (M., 211).

La empresa de Dios: he aquí la palabra que resume este cerco del alma de Teresa por el Señor.

La ofrenda del alma

Dios espera la contestación de la criatura que le ha de dar su corazón (*Proverbios*, 23, 26). No basta ser elegido, es preciso elegir; no basta ser amado, es preciso amar.

Como Pablo (*Fil.*, 3, 12), después de ser cogida por Cristo, Teresa trata de cogerle. La santidad que en prin-

cipio es pasividad (Dios obra en el alma) exige una suprema actividad del alma.

Muy joven, Teresa comprende el sentido de su predestinación. La palabra *cielo* es la primera que puede leer sola; su nombre lo lee en el cielo (M., p. 44).

El fin de su existencia, lo descubre muy pronto: la santidad, la gran santidad. Cuando Leonia le presenta los retazos de tejido, ella dice: "Lo elijo todo". Evocando esta escena, aparentemente banal, de su infancia, explica su sentido: "Este pequeño rasgo de mi niñez es el resumen de toda mi vida; más tarde, cuando percibí la perfección, comprendí que para ser *Santa*, era preciso... buscar siempre lo más perfecto y olvidarse de sí misma..." (M., p. 25-26). "Él (Dios) me hizo comprender... que mi gloria no aparecería a los ojos de los hombres, ¡¡¡que consistiría en ser una gran *Santa!!!*... Este deseo podría parecer temerario si se considera cuán débil e imperfecta era y cuánto lo soy todavía después de siete años pasados en religión (agosto 1896), sin embargo siempre siento la misma confianza audaz de ser una gran santa pues no cuento con mis méritos, no teniendo *ninguno*, más espero en Aquel que es la Virtud, la Santidad Misma" (M., p. 75-76). En el Carmelo, a través de las pruebas, continúa cumpliendo la voluntad de Dios sobre ella, de tal modo que tiene progresivamente conciencia de ello. Jamás rectifica su proyecto inicial. Semejante a los seres misteriosos de Ezequiel, marcha recta siempre de frente. "Las *ilusiones*, Dios me ha hecho la gracia de *no tener NINGUNA* al entrar en el Carmelo; he encontrado la vida religiosa *tal* como me la había figurado..." (M., p. 173). Se ha hablado mucho del Carmelo de Lisieux. Es lo que todo monasterio contemplativo: un conjunto de personas muy distintas; algunas almas sublimes hasta el heroísmo, almas de verdadera buena voluntad y personas mediocres. Sólo Dios establece la proporción. Si el medio trabaja para santificarnos, ¿somos nosotros quienes santificamos los medios? Es criterio de la verdadera santidad procurar la propia perfección tal como uno la comprende aceptando, provisional o definitivamente, la imperfección de los otros, cuando se ha intentado todo lo que es posible para disminuirla.

Teresa nos ha confiado que ella no había creído jamás que fuera posible sufrir tanto, pero afirma también que no se arrepentía de haberse *entregado* al Amor. En la unión de estas dos afirmaciones se esconde su misterio de sufrimiento y de amor.

III. En la historia universal

Si uno se detiene en la descripción de este emotivo diálogo de amor entre Jesús y Teresa, quedaría en el plano del individualismo religioso y desfiguraría a esta gran Santa. Teresa se expansiona y dilata hasta las dimensiones del mundo. Después de explicar la conversión de Pranzini y evocar la sed de almas que ha entrado en su corazón, prosigue: "En poco tiempo Dios me hizo sa-

lir del estrecho círculo en que me movía sin saber cómo salir" (M., p. 112). En la perspectiva de la terapéutica psíquica, es incontestable que resolvió sus problemas tratando de resolver los de otros. El olvido de sí mismo, fórmula de la más elevada santidad, es desde el primer momento el principio de la santidad total, física, mental y moral.

En años en que se hablaba poco, demasiado poco, del Cuerpo Místico, Teresa tuvo intuiciones sorprendentes sobre esta doctrina central. Comprendió la esencia del Cristianismo. Cristo, a través del espacio y en el desarrollo del tiempo, se construye su Cuerpo, uniendo las almas por la gracia. Así se realiza lo que San Agustín llama el Cristo total, lo que no es más que la traducción de San Pablo: "Vosotros sois el Cuerpo de Cristo" (I, *Cor.*, XII, 27).

Teresa se sitúa en esta perspectiva de la Iglesia: vive no sólo su tiempo personal, sino el tiempo de la Iglesia; no escribe solamente su historia por su libertad sino que sabe que ella *puede* participar, y *quiere participar* en la historia universal que es la historia de las almas. Está convencida que, para participar en este crecimiento del Cuerpo Místico, es preciso consentir en el sacrificio e ir hasta el fin del amor.

Jamás se leerá bastante, para meditarla largamente, la famosa carta a Sor María del Sagrado Corazón (M. B., pp. 217-237) que constituye el capítulo XI de la *Historia de un Alma*, incontestablemente su obra maestra. En estas páginas penetradas de un soplo profético, Santa Teresa del Niño Jesús nos parece inspirarse en la doctrina eclesial de Santa Teresa de Ávila, expuesta de un modo especial en el *Camino de Perfección*; invoca la tradición auténtica del Carmelo; evoca un sueño en el que reconoce a la Venerable Ana de Jesús; recuerda la ley primordial del amor escrita en el corazón de la espiritualidad de San Juan de la Cruz. Explícitamente se refiere a la Epístola a los Corintios, capítulos XII y XIII. Si insistimos en esas diversas fuentes, es para mostrar que la originalidad de los Santos, la verdad fundamental de su mensaje reside en el *redescubrimiento* de la Tradición — encuentran de nuevo el río y la fuente — y que las revoluciones que obran consisten en provocar el retorno de las almas a esta Tradición. En la Iglesia, las *verdaderas* revoluciones son siempre tomar de nuevo, dejando al margen las infidelidades y los abandonos de los hombres, la verdadera Tradición.

En el contexto así restablecido, es preciso impregnarse de estas profundas páginas que son el Testamento de Teresa. Somos conducidos, por ella y con ella, en el juego de una dialéctica sublime, de una lógica sobrenatural sin falla. Es suficiente enunciar los puntos de razonamiento de una verdad y de un vigor teológico admirables:

— búsqueda ardiente de una vocación apostólica que sea universal "...siendo la necesidad, el deseo de hacer *por ti Jesús*, todas las obras más heroicas..." (M., p. 226).

- descubrimiento de esta vocación en el seno de la Iglesia: "Sí, he encontrado mi lugar en la Iglesia, y este lugar, oh mi Dios, sois vos mismo quien me lo habéis dado..." (M., p. 229).
- captación, a la luz de San Pablo, de los puntos de contacto con el centro eficiente, el amor: "¡MI VOCACIÓN ES EL AMOR!... En el corazón de la Iglesia, madre mía, yo seré el amor..." (ib.).
- certeza, en esta perspectiva, de eficacia suprema: "...Así yo seré todo..." (ib.).
- ejercicio de una maternidad espiritual universal en la experiencia de mártir del Amor: "Ser, por mi unión contigo, Madre de las almas" (M., p. 226). "El Amor que ha elegido por víctima..." (M., p. 230).
- Sentimiento de una misión: Arrastrar con su ejemplo, y a la luz de esta doctrina, por la extensión de la Iglesia, almas que, habiendo comprendido, llegaran hasta el fin de sí mismas: "¡Yo te suplico que elijas una legión de pequeñas víctimas de tu AMOR!..." (M., p. 237).

Así, para ella, continúa aplicándose la Redención. Ella aspiraba a una participación total: "Sentía una gran pena pensando que esta sangre caía en tierra sin que nadie se apresurase a recogerla, y resolví mantenerme en espíritu al pie de la Cruz para recibir el Divino rocío que destilaba, comprendiendo que me era preciso esparcirlo sobre

las almas..." (M., p. 109). Esta es la gracia que pedía en Roma pisando el Coliseo: "...pedí la gracia de ser también mártir por Jesús y sentía en el fondo de mi corazón que mi plegaria era oída" (M., p. 150).

En las *Memorias de una joven bien ordenada* se leen estas líneas que siguen al rechazo de Dios en el alma de Simone de Beauvoir: "Debía fatalmente llegar a esta liquidación. Era demasiado extremista para vivir bajo la mirada de Dios diciéndole al mundo a la vez un sí y un no... No concebía la conciliación con el Cielo. Por poco que rechazara, era demasiado si Dios existía. Por poco que concediese, era demasiado si no existía" (p. 138). "*El fracaso de una Cristiandad*": se ha escrito. Tal vez. En principio, el fracaso de una libertad. Es demasiado fácil y siempre tentador cargar a cuenta de las estructuras sociológicas de instituciones de la Iglesia la responsabilidad de un fracaso, cuya causa real es desde el primer momento personal, el rechazo a avanzar con exceso en el consentimiento del amor.

Santa Teresa del Niño Jesús asume su destino total en el designio de la Iglesia para cumplir toda la voluntad de Dios sobre ella y responder a toda la esperanza de los hombres. Y ello, por el martirio de Amor, expresión suprema de la libertad. Que resonancia tienen estas fórmulas de la Santa: "MIS DESEOS SON SER TODO" (M., p. 230). "YO LO HE ELEGIDO TODO" (M., p. 25). "YO LO SERÉ TODO" (M., p. 229).

Pierre BLANCHARD
(De *Études et documents*)

6 - 1962

ASPECTOS DE LA LIRICA MODERNA

Si Claudel ha sido el cantor de la realidad — de la unidad del universo —, y ésta puede haber sido su grandeza filosófica y teológica, ésta misma le pone al margen de las esencias más cabales de la lírica moderna.

Podremos estar de acuerdo o no con las corrientes poeticoestéticas, podremos aceptarlas plenamente o rechazarlas por esquividad o prejuicio, pero, zambullidos en ellas, hemos de reconocer que la poesía claudeliana se halla un poco apartada de su estremecimiento profundo. Y esto no por técnica. Claudel arranca de la lírica de Rimbaud. No por concepción estética, lingüística, metafórica o musical, sino por ambición. La ambición coloca a Claudel fuera del campo más estricto de las modernas corrientes poéticas europeas, de una manera particular de las francesas.

Mucha luz podrá darnos, a este respecto, la comparación de un fragmento de Claudel con algunos poetas modernos sumidos en las corrientes de más autenticidad dentro de la poesía del siglo xx. Leemos, por ejemplo en Valéry:

Inclinado hacia el río, bogando en mi piragua,

a mi pesar me alejo de rientes riberas.

Alma de duras manos, que en los remos imperas, es preciso que el cielo ceda al cristal del agua.

O en el mismo poeta:

Una tarde adornada de palomas sublimes la doncella suavemente se peina al sol.

Roza en la onda al menúfar con su pie de arrebol y entibia sus dos manos errantes y morosas tendiendo hacia el ocaso sus transparentes rosas.

Del gran poeta Milosz son los siguientes versos:

Y para consolar mi secreto, el sonido de las ruecas que tejen la ropa de los moribundos, un cuarto de hora y una sortija para la más riente, una sonrisa y una daga para el más discreto; para la cruz del blasón una palabra piadosa, el más ancho vaso para la sede de las penas, una puerta de vidrio para los ojos de los curiosos. Y para mi secreto, la letanía dolorosa de las viejas que tiritan en el umbral de los mausoleos. Mi saludo para la reverencia de la extranjera, mi mano a besar para el confidente,

un tonel de ginebra para la alegre miseria
de los sepultureros...

Y para el fin de mi secreto
un gran sueño de pobre en un ataúd dorado.

En un poema de gran modernidad, escribe Paul
Eluard:

Tú te levantas y el agua se desdobra
tú te acuestas y el agua se abre en flor
Tú eres el agua desviada de sus abismos
tú eres la tierra que se enraíza
y sobre la cual todo se ordena
Tú produces burbujas de silencio en el desierto de los
[ruidos

tú cantas himnos nocturnos sobre las cuerdas del arco iris
tú estás por todas partes, tú suprimes todas las rutas

Tú sacrificas el tiempo
a la eterna juventud de la llama exacta
que vala la natura al reproducirla.

Bastará con colocar junto a éstos algún fragmento de
Claudel, para advertir la enorme distancia que separa a
éste de las tendencias modernas. La lírica moderna tien-
de, estimo que con poderosas razones, a crear un mundo
de poesía sin ningún asidero con la realidad. La poesía
es un mundo aparte. No se trata de cantar la rosa. Se
trata, más bien, de crear una rosa nueva, de pétalos de
palabra. No se trata, como en Claudel, de emplear la
poesía como medio de cantar el universo. Es la poesía,
precisamente, un universo nuevo. En este aspecto, los
líricos modernos están de acuerdo con una de las leyes
de la realidad. En la realidad están muy delimitados los
reinos y las especies. El pájaro no tiene como misión
cantar la flor. Ni el cielo expresar los lagos y los bos-
ques. La poesía es un cielo, una rosa o un estanque. Pero
es ella misma.

Por ello, el poeta moderno, más que preocuparse de
expresar lo que ve o lo que siente, se preocupa de crear
un fluir de palabras que sea en sí mismo poético.

Ya sé que no es ésta la tradición clásica. Pero la
poesía, como todo, tiene su evolución, tiene su historia.
Aparte de que, si escarbáramos, en las más altas ex-
presiones de la lírica de todos los tiempos, existe esta
tendencia a la independencia absoluta.

Es lo que Maritain ha llamado "angelismo". Pero ese
angelismo poético, tiene indudablemente su riesgo. Lo
señala el mismo Maritain en sus "Fronteras de la poe-
sía". Por muy esteta, por muy esencialmente poeta que
sea el creador, no puede arrancarse de su naturaleza hu-
mana. Forzosamente, han de afectarle sus emociones
— alegrías, dolores humanos —. Y muy gélida será la poe-
sía que no salga revuelta en esta humanidad.

Es eso seguramente lo que, dentro de la corriente
contemporánea, intuyó Claudel. ¿Qué palpitación tend-
ría una poesía en que no se reflejara la grandeza de su
experiencia personal? Claudel, como usted sabe, es un
converso. No es de extrañar que pusiera la poesía, con
todos sus recursos, a los pies de la fe, tapándola con el
manto de la Teología y de la Creación.

Quizá por esta adorable aventura no sea Claudel un
poeta enteramente moderno. Compárense, si no, con los
versos citados arriba, esos del poeta de la "Anunciación
a María":

Señor, ¿cuánto tiempo todavía? ¿Cuánto tiempo en
estas tinieblas?, ¡veis que estoy casi engullido! Las ti-
nieblas son mi habitación.

¡Tinieblas de la inteligencia! tinieblas del sonido
¡Tinieblas de la privación de Dios!, tinieblas activas
que saltan sobre vos como la pantera...

O bien:

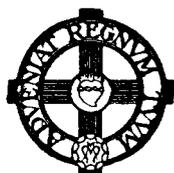
Y vos que conocéis el número de nuestros cabellos,
¿acaso ignoráis el de vuestras estrellas?

Todo el espacio está lleno de bases de vuestra geome-
tría, está ocupado por un cálculo resplandeciente pare-
cido a las computaciones del Apocalipsis.

Habéis colocado en su punto cada astro miliar, seme-
jante a las lámparas de oro que en Jerusalén guardan
vuestra sepultura.

Cuando se estudia la poesía moderna, que en Fran-
cia continúa la línea de la de fines del XIX, no hemos de
olvidar que, aunque su intento es presentarse con un
afán de sustantividad, de independencia, todas las fórmu-
las logradas pueden ponerse, en otra ocasión, al servicio
de una concepción filosófica o de una noble emoción de
humanidad.

Francisco SALVÁ MIQUEL



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Julio - 1962

- MISIONAL:** Que todos los que han de participar en el Concilio sean llenos de luz sobrenatural.
- GENERAL:** Que se promuevan digna y fructuosamente en las Misiones la literatura y arte religioso.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

PUREZA, HERMOSO IDEAL, por Paula Hoesl, 17,5 × 11,5; 115 págs. Editorial Herder, Barcelona, 1961,

Libro dedicado a demostrar a las jóvenes que "la más pura entre las puras", la Virgen Santísima no era una gazmoña ignorante, sino una joven avisada en el moderno sentido de la palabra que miraba cara a cara las realidades de la vida. La autora expone con todo el vigor de una convicción profunda que frente al engaño de la propaganda de los libros, las películas, la música, el teatro, la radio, las revistas, los anuncios y las teorías científicas secundadas por el espantajo del psicoanálisis moderno que mezclando verdades con errores repiten incesantemente la misma canción: ¡Vive tu vida!, ¡libérate de las ligaduras familiares y religiosas!, sin espantarlas con vanos temores, después de explicar cómo la impureza no da positivamente resultado, no se para en dar unas cuantas normas morales, se remonta hasta los principios teológicos que nos prueban de manera fehaciente e indiscutible, que todos, absolutamente todos los seres humanos, hemos de ser puros ya que "la pureza de los sentidos es la transparencia de la pureza de espíritu, única que da fuerza y valor a aquélla", porque la pureza del cuerpo, unida a la pureza de intención es lo único que nos libra de hacer trampa en el juego supremo de la vida.

L. S.

EL CRISTIANO AUTÉNTICO. Georg Bichlmair. 17,5 × 11,5; 130 págs. Versión española: Juan Godó Costa. Ed. Herder. Barcelona, 1961.

En los últimos decenios muchas cosas viejas han pasado para siempre, pero también la ciencia, que medio siglo atrás consideraba como ideal de la humanidad civilizada resumir todo el acontecer general en una "fórmula matemática", ha fallado. Porque la ciencia no puede abarcar todo lo humano y existen amplias zonas de la realidad a las que durante toda esta época no se ha prestado la más pequeña atención. Se ha olvidado el espíritu y el hombre moderno resulta mutilado. De rechazo un extenso sector de cristianos se ha relajado. Esto ha llevado al P. Bichlmair a exponer en este libro los puntos de vista sobre la fe cristiana elaborados y madurados en la lucha que el autor, jesuita vienés, durante largos años hubo de sostener cuando triunfaba la ideología nacional-socialista, por la urgente necesidad que hay de formar cristianos "que comprendan que en este mundo sólo hay un hecho de importancia decisiva: Que el Hijo de Dios murió por nosotros. Y que este hecho no consiente que el amor de nuestro Redentor se vea despreciado". Es decir, evidencia la necesidad de desenmascarar "el cristianismo a medias" de mostrar la esterilidad de los "cristianos liberales, cristianos de fachada únicamente, cristianos mundanos, cristianos ambiciosos con ansia de placeres..." cuyos hechos son la causa de que haya en nuestros días millares y millares de personas inteligentes, abnegadas que se encuentran fuera de la Iglesia y aún la combaten, cuando en realidad el objeto de su odio no es la Iglesia ni el cristianismo, sino la conducta de los cristianos a medias que tanto abundan". El resurgir de la vida cristiana — afirma el P. Bichlmair — sólo puede lograrse partiendo de la realidad del cristianismo, es decir, de cristianos auténticos que "imitan a Cristo en el celo por la salvación del mundo que los rodea".

L. S.

TESTS COLECTIVOS DEL CATECISMO, por Marie Fargues. Editorial HERDER, Barcelona, 1961.

Complemento de las obras catequísticas que viene publicando la Editorial Herder los *TESTS COLECTIVOS DEL CATOLICISMO* permiten al catequista o al maestro saber ciertamente el provecho que sus alumnos sacan de las explicaciones dadas o los textos estudiados.

Los tests están constituidos por cuestiones referentes al contenido doctrinal del Catecismo y son fruto de la experiencia obtenida por los numerosos colaboradores a esta obra: eclesiásticos, religiosos y seglares con largos años de práctica catequística.

Siguiendo el método expuesto el maestro puede razonar sobre las causas que motivan el error en sus alumnos sea obtener un doble fin: recoger informes completos sobre los conocimientos religiosos reales, y no sólo verbales, de los catequizados, y utilizar dichos informes para rectificar, mejorar o cambiar el método seguido. Los tests colectivos permiten también discernir con facilidad los niños atrasados que precisan cuidados o lecciones especiales.

L. S.

ESTIGMATIZADOS Y APARICIONES, de Francisco Sánchez-Ventura y Pascual, 20 × 15,5 cm., 200 págs. Ediciones Studium, Madrid, 1961.

"Un culto abogado zaragozano, padre de familia y especializado en materias económicas, a las que ha dedicado varios libros, ha sabido encontrar tiempo y sosiego para darnos un libro de fácil e interesante lectura que nos dice cuanto nos conviene saber" sobre hechos maravillosos. A esta corriente que ha dado lugar a una considerable producción literaria, en la que España dista de ser una excepción, viene a sumarse el libro mencionado que huyendo de las actitudes extremas va "por la vía media" "discierne lo cierto de lo dudoso, lo natural de lo preternatural y lo sobrenatural, lo edificativo y ejemplar de lo meramente espectacular o turístico". La índole de su autor es garantía de equilibrio de modo que el lector entrará "con pie firme en este terreno desconocido... encontrará nuevos argumentos apologéticos para su fe y apostolado... alicientes para su piedad... etc." Así expone entre otros substanciales conceptos y juicios el P. Francisco Segura, S. I. en prólogo, cualidades que ciertamente aconsejan su adquisición y lectura.

L. S.

ESTAMPAS DE LA VIDA DE JESÚS, por April Ousler Armstrong, con ilustraciones de Jules Gotlier. 24,5 × 16,5 cm.; cubierta y 2 láminas-portada a todo color; 255 págs. y numerosos grabados. Editorial: Eugenio Subirana, Barcelona.

Este libro es el Evangelio puesto al alcance de los niños. La palabra sencilla y clara narrando los misterios de la vida de Jesús con referencia a los dibujos ilustrativos, ambientan y sugieren la íntima relación entre lo ocurrido hace casi dos milenios con las prácticas de la vida cristiana que aprenden los niños, y les hace conocer el fundamento de nuestra religión, constituyendo una magnífica base para ulteriores y más profundos estudios religiosos.

L. S.

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46